

Revista de Indias, 2000, vol. LX, núm. 219

EL UNIVERSO AMERICANISTA. UN BALANCE OBLIGADO PARA ACABAR EL SIGLO*

POR

SALVADOR BERNABÉU ALBERT

Escuela de Estudios Hispanoamericanos, CSIC (Sevilla)

Este artículo ofrece una reflexión sobre el complejo panorama de la práctica de la historia de América finisecular expresada en la imagen de «piel de leopardo» en referencia a la investigación privilegiada de ciertos temas, metodologías y áreas en detrimento de otras. Pasado el interés por elaborar una historia general de América, en la actualidad asistimos a una fragmentación de la Historia que, si bien ha potenciado estudios comparativos y ha provocado la emergencia de temáticas diversas (la familia, la mujer, el medio ambiente, la lectura, etc.) abordando lentamente casos de «otras Américas» (la América rusa, Guayanas, etc.), quizás exigiría una directriz para aunar y enfocar los intereses de la comunidad americanista mundial.

PALABRAS CLAVES: *Historiografía, americanismo, metodología, final siglo XX.*

«La nueva galaxia electrónica de acontecimientos ha entrado ya profundamente en la galaxia Gutenberg. Incluso sin colisión, tal coexistencia de tecnologías y consciencias causa trauma y tensión en toda persona viva. Nuestras actitudes más corrientes y convencionales parecen súbitamente deformadas como gárgolas o figuras grotescas» (Marshall McLuhan, *La galaxia Gutenberg*, Madrid, 1998, p. 415).

1. INTRODUCCIÓN

Exponer lo que uno lee y piensa sobre la Historia de América no es un ejercicio frecuente, sobre todo porque inmediatamente se cae en la cuenta de lo que falta por citar, por conseguir y por estudiar. Como dijo don Luis González, no se puede ser «chile de todos los moles, acumular en la cabeza multitud de saberes

* Este trabajo ha sido realizado en el Proyecto PB96-0868 (DGES)

abstractos y concretos, profundos y triviales y resumir montañas de conocimientos y de corrientes de especulación»¹. Por eso han primado los balances más concretos, tanto temporales como regionales, frente a los recuentos generales. En este trabajo, que titulo *un* balance y no *el* balance, pretendo más bosquejar itinerarios y esbozar cartografías que sintetizar el dilatado y complejo panorama de la historia finisecular. No se trata de un análisis historiográfico del Americanismo sin más, empresa en la que habría que convocar a cientos de historiadores, sino de exponer ciertos temas y metodologías privilegiados en estos últimos años y añadir algunas reflexiones sobre la escritura de la historia en un momento excepcional como es el cambio de siglo, época fructífera de visiones apocalípticas, pero también punto de observación para contemplar lo que nos preocupa y cómo se aborda, para mostrar persistencias y descubrir las novedades y los retornos.

Quizás, el reto más importante de estos trabajos sobre la escritura de la historia sea la extensión de los trabajos, pues a menudo empiezan siendo un artículo y se convierten en monografías al menor descuido. Eso me ocurrió con la visión de la Historia de América que tuve que realizar hace unos meses para opositar a una plaza de investigación, que está en el origen de este artículo. El trabajo resultante triplica el que ahora publico, pero las normas de la revista lo han reducido, quizás para mejor. Mi descarte de la opción de publicar el trabajo completo en forma de monografía no es total, pero he preferido la rapidez de las revistas al largo proceso –en general– de editar un libro. El adjetivo «obligado» también tiene que ver con el concurso de oposición, y no, por supuesto, como sinónimo de imprescindible. Como mucho, utilizaré la palabra con su significado musical: «Lo que canta o toca un músico como principal, acompañándole las demás voces e instrumentos»². En cualquier caso, espero que se juzgue el trabajo por los contenidos, no por las muchas ausencias, y que se entienda que la selección bibliográfica ha sido un reto constante para ajustarme a un número determinado de páginas. Las demandas de los amigos y las de otros concursantes a profesores e investigadores me han animado a publicar estas páginas, que en principio quise guardar en mi cajón. A todos

¹ Luis GONZÁLEZ, *El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988, p. 35.

² La convocatoria obligaba a una «visión acerca del estado actual del tema objeto de la plaza convocada», en este caso Historia de América (BOE, n.º 298, 1999), pero ¿cómo abordar la «actualidad» de una disciplina histórica, cuando se necesitan años y décadas para examinar y fijar los conocimientos generados por una multiplicidad de escritores, equipos de investigación y países? Esto es, más de quinientas revistas especializadas y una gran «biblioteca» de actas, estudios colectivos o monográficos, que se multiplican inexorablemente ante el desconcierto de los americanistas, que ven acumularse los libros y artículos por leer y los CD y correos por abrir, quizás, como dice Gabriel Zaid, porque nos enfrentamos a los «demasiados libros». En principio, sólo se puede abordar la cuestión si empleamos el significado de «actual» de forma amplia, como lo «que existe, sucede o se usa en el tiempo de que se habla», y aún así, aceptando que el trabajo adolecerá de una ineludible subjetividad de acuerdo a las lecturas, preferencias, referencias y opiniones que el que escribe adopte. Esta es la causa de las numerosas referencias mexicanistas, ya que ésta es la historiografía que más conozco.

ellos está dedicado, pues he comprobado con sorpresa la falta que hay de estudios historiográficos, especialmente los globales y los interdisciplinarios, por muy elementales que sean. Han aumentado considerablemente los repertorios bibliográficos hasta hacernos caer en el desaliento, pero no se han incrementado, sino todo lo contrario, las reflexiones sobre la construcción del Americanismo, quizás porque, como señala Roger Chartier, tras las grandes construcciones teóricas del siglo —y su desgaste—, los historiadores han vuelto a los datos de los archivos³. En cualquier caso, espero completar y ampliar este trabajo con otros más específicos en el futuro y animar a los historiadores a escribir más sobre el *laboratorio* americanista y las preocupaciones y los retos de la especialidad tanto en América como fuera de ella.

La Historia de América es el estudio de la evolución de las distintas sociedades que habitaron el continente americano en el tiempo, tanto antes como después de la llegada de los europeos, fecha movible según las áreas que marca para la mayoría de los historiadores un momento decisivo en el devenir del Nuevo Mundo. Esta sería la definición más simple de la disciplina, a la que inmediatamente habría que agregar la escritura de la Historia de América y las disquisiciones conceptuales sobre dicha Historia, pues no se comprende lo que se *escribe* independientemente de la *práctica* que lo origina. Por esta razón, Michel de Certeau ha escrito que entiende por *historia* una práctica (una «disciplina»), su resultado (el discurso) y su relación bajo la forma de una «producción»⁴. Pero, además, los contornos de la Historia de América se difuminan y se amplían por momentos, pues ha llegado a convertirse en una especialidad bulímica como resultado de varias ampliaciones y anexiones. En primer lugar, de una ampliación geográfica (ha descubierto espacios y rincones, campos y ciudades, selvas y montañas, desde Alaska a la Antártida y desde lo «americano» de las regiones alemanas o checas —en comercio, arte, política— hasta las expediciones ibéricas en Asia y Oceanía)⁵; en segundo lugar, de una ampliación temporal (los cálculos de los primeros pobladores se han retrotraído de quince a treinta y cinco mil años y los intereses de los historiadores por el tiempo presente llevan a la Historia hasta el día de ayer), y por último temático (desde la nueva y vieja historia económica, a la dispersión de la historia social y a la disolución de las famosas mentalidades en la nueva historia cultural, el giro lingüístico, la nueva historia política y las historias de las minorías), que van acompañadas de nuevas apuestas metodológicas (cliometría, oralidad, multidisciplinariedad, etcétera).

³ Roger CHARTIER, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, Paris, Albin Michel, 1998, p. 10.

⁴ Michel DE CERTEAU, *La escritura de la Historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 35.

⁵ Michael ZEUSKE y Ulrike SCHMIEDER (eds.), *Regiones europeas y Latinoamérica (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1999.

La ampliación de tiempos, horizontes y temas ha llevado al desasosiego, cuando no a los discursos jeremíticos o a la ascensión de un relativismo cultural. De todo ello somos deudores y de todo ello habrá que buscar un futuro que sólo se está empezando a intuir, tanto en Historia como en el resto de las Ciencias Sociales. Es por ello que creo fundamental que se escriba sobre la marcha de esta disciplina, se reflexione sobre el oficio de historiar y sobre el taller del historiador, pues es muy difícil encontrar estudios historiográficos en el vastísimo mundo del acaecer histórico⁶. Ni los balances historiográficos ni las reseñas, que no han aumentado al nivel exigido por la producción histórica —otro problema es la calidad de esos trabajos y el predominio de las «bocanadas de incienso»—, son ya suficientes para explicar por qué se escribe hoy una determinada Historia de América, y no de otra forma. Y cómo hacerlo si ni siquiera contamos con un estudio completo del Americanismo español que nos esclarezca de dónde venimos⁷. Por desgracia, las numerosas expectativas que trajo la novedad de la egohistoria quedaron en eso, en expectativas, pues aparte de un par de libros en México⁸, nadie quiso

⁶ Los estudios historiográficos amplios son poco frecuentes, pero no inexistentes, como demuestra la siguiente lista: Carlos MALAMUD, «La historia contemporánea latinoamericana en 1990», en Borja DE RIQUER (ed.), *La historia del 90*, Madrid, Marcial Pons-Ayer, 1991, pp. 49-60; Steve STERN, «Paradigmas de la conquista: historia, historiografía y política», *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. E. Ravignani»*, n.º 6, Buenos Aires, 1992, pp. 7-39; Pedro PÉREZ HERRERO, «La historia contemporánea latinoamericanista en 1991», en Antonio MORALES (ed.), *La Historia en el 91*, Madrid, Marcial Pons-Ayer, 1992, pp. 73-100; John FISHER, «La historiografía de Latinoamérica en Gran Bretaña durante los últimos 25 años», en *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1993, pp. 113-129; Marta E. CASAÚS ARZÚ, «Historia y Ciencias Sociales en América Latina», en Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.), *La Historia en el 93*, Madrid, Marcial Pons-Ayer, 1994, pp. 81-105; Sergio BAGÚ, «Perspectivas de la historiografía latinoamericana», *Boletín Americanista*, n.º 46, Barcelona, 1996, pp. 55-65; Pedro PÉREZ HERRERO, «Historiografía mexicana», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 549-550, Madrid, 1996, pp. 43-58; Manuel LUCENA GIRALDO, «Memorias fragmentadas. La historiografía latinoamericana reciente sobre la América Colonial», en *Diez años de historiografía modernista*, Bellaterra, Universidad Autónoma de Barcelona, 1997, pp. 207-226; Luis Miguel GLAVE, «Notas sobre la historiografía andina contemporánea», *Historias*, n.º 38, México, 1997, pp. 111-135; el colectivo *La Historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, 2 vols., Santafé de Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1994; M. C. FREITAS (org.), *Historiografía brasileira em perspectiva*, Sao Paulo, Contexto/Universidade S. Francisco, 1998; y Tulio HALPERÍN DONGHI, «Historiografía colonial y multiculturalismo. La historia de la colonización entre la perspectiva del colonizador y la del colonizado», en Margarita MENEGUS (coord.), *Dos décadas de investigación en historia económica comparada en América Latina. Homenaje a Carlos Sempet Assadourian*, México, El Colegio de México-CIESAS-Instituto Mora-UNAM, 1999, pp. 17-45.

⁷ Sandra REBOK, «Americanismo, ciencia e ideología: la actividad americanista española a través de la Historia», *Anales del Museo de América*, n.º 4, Madrid, 1996, pp. 79-105.

⁸ Jean MEYER (coord.), *Egohistorias. El amor a Clío*, México, Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines, 1993; y Enrique FLORESCANO y Ricardo PÉREZ MONFORT (compiladores), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, CONACULTA-FCE, 1995. Este último libro se divide en «semblanzas» y «testimonios» de los más destacados mexicanistas de la centuria. A pesar del

descubrir su biografía «histórica». ¿Y quién iba a leerlas, cuando ni siquiera podemos abordar lo que trabaja nuestro vecino de despacho?

No siempre esto fue así, pues hubo una época en la que los historiadores creyeron e imaginaron una «historia general de América», época en donde una docena de historiadores se unieron para diseñar y redactar la ansiada historia continental. Una revisión somera de esos intentos nos pondrá sobre la pista de lo mucho que hemos cambiado.

2. UN CONTINENTE, ¿UNA HISTORIA?

Hubo un tiempo en que los historiadores de todos los puntos cardinales y filia-ciones fueron convocados para reflexionar sobre la Historia general de América. Primero Herbert Eugene Bolton dedicó su discurso presidencial en 1932 ante la Asociación Americana de la Historia al tema «La Epopeya de la Gran América», que suscitó enconados debates; más tarde, Lewis Hanke, en 1964, volvió a recoger el testigo, preguntándose: «Do the Americas have a common History?», al que siguió de nuevo la polémica y, al final, un largo silencio. Los «puntos de vista» nacionales blandieron sus armas, a pesar de que la mayoría de los autores censuraban la estrechez de miras del «nacionalismo» y lo consideraban como un obstá-culo para la comprensión de la historia continental, la historia de la «gran América». No obstante, los logros de estos pioneros fueron numerosos, a pesar de que hoy nos puedan parecer candorosos o excesivamente politizados.

Por su parte, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, a principios de los sesenta, coordinó la reflexión de historiadores curtidos y de gran prestigio, como Silvio Zavala, con el fin de alumbrar un programa de Historia de América, del cual –sus deseos, sus ausencias, sus errores– son deudores más de un programa universitario y más de un manual de Historia. En 1964, Pierre Chaunu alababa la labor de la Comisión de Historia del citado Instituto por abordar el estudio de una «historia americana global», esto es, «de toda la América en bloque»⁹. El célebre historiador francés, ávido de novedades, celebraba la aparición de un texto provisional, –«la traducción castellana de un resumen en inglés»–, en espera de fijar un manual definitivo. Silvio Zavala, autor del *Programa de Historia de Amé-*

esfuerzo, no están todos los que son, destacándose la ausencia de varios profesionales de provincia y no franceses. Como compensación por la falta de biografías profesionales, podemos acudir a las entrevistas, que a menudo nos ofrecen importantes datos sobre la vida y la obra de los americanistas. Por ejemplo, véase la interesante «Entrevista a Ruggiero Romano», *Estudios Sociales*, n.º 16, Santa Fe, Argentina, 1999, pp. 151-163.

⁹ El artículo de Pierre CHAUNU, aparecido originalmente en la *Revue Historique* (T. CCXXXI, fasc. 1, Paris, enero-marzo de 1964, pp. 153-186) fue traducido al castellano y editado en forma de folleto con el título *Las grandes líneas de la producción histórica en América Latina (1950-1962)*, Caracas, Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela, 1965, p. 15.

*rica en la época colonial*¹⁰ (1961), tras debatir sobre el tema de la unidad–diversidad continental, y de introducir al Nuevo Mundo en la historia universal, trataba sucesivamente de la economía, la política, lo religioso y la cultura, primero en sus «estructuras americanas» y después en las distintas modalidades regionales.

Junto a estos debates «panamericanos», la más antigua y activa comunidad americanista europea: la española, miraba con recelo los debates a los que no había sido invitada y se incorporaba al carro de la «continentalidad» con la *Historia general de América* (1962) del joven historiador Francisco Morales Padrón. En dicho libro, el predominio de la Historia hispana era evidente (720 páginas frente a las 55 de la América anglosajona y una veintena dedicadas al Brasil). Esta descompensación era también evidente en la empresa americanista más ambiciosa hasta esos años: la *Historia de América y de los Pueblos Americanos*, dirigida por Antonio Ballesteros, y en el «texto más nuevo y audaz» de la época: la *Historia social y económica de España y de América* (5 vols., 1957-1959), en donde «América» era fundamentalmente «América Hispana». Desde entonces, la historia de América ha sido, en España, historia fundamentalmente de Hispanoamérica hasta los últimos años, por más que se «maquillease» con ciertas asignaturas en las Universidades y contadas asociaciones y convocatorias a congresos.

América, pues, es reducida y reinventada por la comunidad americanista española de acuerdo a sus propios intereses culturales e historiográficos, cambiantes con los años, pues si se reducía de latitud al sur de los Estados Unidos, se ampliaba longitudinalmente gracias a la «incorporación» tanto de la historia de las navegaciones atlánticas (descubrimiento-comercio, que extendía la Historia de América hasta Sevilla y la campiña cordobesa) como de los viajes y colonización de las Filipinas, lo que alargaba el «dominio» tradicional americanista desde el suroeste europeo al sureste asiático.

Estas primeras reflexiones «de fachada» quisiera que sirvieran para plantear tres problemas (en ningún caso, por supuesto, para resolverlos). En primer lugar, en la existencia periódica de debates historiográficos continentales con el principal objetivo de aglutinar las diversas Américas (quizás los que debían llamarse «americanos» con más propiedad) con escasa repercusión en España, donde las investigaciones americanistas han primado las relaciones atlánticas y las herencias hispanas. En segundo lugar, que este problema nos introduce de lleno en el problema de la invención occidental de América y la convivencia actual de varias visiones en un mismo continente, que en muchas ocasiones se desconocen: las Améri-

¹⁰ La traducción española la firmó Antonio Alatorre a partir del resumen en inglés de Max Savelle (México, IX-405 pp.). La labor de la comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia editó durante los años cincuenta una colección de monografías que tuvieron gran repercusión, firmadas, entre otros, por Henry B. COLLINS, James B. GRIFFIN, Ignacio BERNAL, Charles VERLINDEM, Manuel PICÓN-SALAS o María del Carmen VELÁZQUEZ. Los dedicados al Brasil fueron escritos por José Honorio RODRÍGUEZ (colonia) y Américo JACOBINA LACOMBE (nacional).

cas negras, las Américas mestizas, las Américas criollas, las Américas indias, etcétera. Y, en tercer lugar, en la inserción de esas cuestiones en otros debates más recientes (América en la globalización-mundialización, América y sus regiones económicas, América como mercado, etcétera), que concitan más expectativas y aglutinan a un mayor número de investigadores. Entonces, ¿a quién le interesa hoy una «historia general de América»? Tal y como lo pensaban en los años sesenta y setenta, a casi nadie, con el agravante de la escasa proyección curricular que tienen las obras de síntesis o de divulgación en los medios académicos. Lo que sí se potencia –al menos en teoría– es el pensar los problemas históricos comparativamente, bien cotejando diversas regiones o bien estudiando procesos históricos con algunas similitudes, pero, incluso así, los trabajos son insuficientes.

Por ello me sorprendió que alguien se molestase en comparar la historia hispana y la historia anglosajona del continente durante la Edad Moderna, en un nuevo intento por determinar y reflexionar sobre sus puntos de encuentro y sus diferencias. Si, además, el autor es uno de los principales hispanistas del siglo, Sir John H. Elliott, el hallazgo se colma de interés. No voy a diseccionar el artículo, titulado «¿Tienen las Américas una historia común?»¹¹, centrado, principalmente, en el problema de la unidad o diversidad histórica de las Américas, sino a remarcar su singularidad en un momento donde la fragmentación de la Historia reina por todas partes. El pensar «América» es poco frecuente –aunque se pueda pensar lo contrario– y, cuando se hace, se privilegian temáticas y se dividen y subdividen las colaboraciones, como en la obra coordinada por Serge Gruzinski y Nathan Wachtel, *La Nouveau Monde, Mondes Nouveaux. L'expérience américaine*¹² o en la celebrada *Historia de América Latina*¹³, de la Universidad de Cambridge, por no citar la reciente *Historia General de América* patrocinada por UNESCO¹⁴, de la cual acaba de aparecer el primer volumen de siete programados.

Un área muy desconocida tanto para los historiadores españoles como para el resto de los americanistas es la América Rusa, que cuenta con un importante número de investigadores, multiplicando las revistas científicas, las recopilaciones documentales y los debates. Las investigaciones en español son muy difíciles de encontrar, si bien van apareciendo con cuentagotas principalmente en México. Otra región americana con tradicional aislamiento son las Guayanas (la británica

¹¹ John H. ELLIOTT, «¿Tienen las Américas una historia común?», *Letras Libres*, n.º 6, México, junio de 1999, pp. 12-19. Del mismo autor, véase «La historia comparativa», *Relaciones*, vol. XX, n.º 77, Zamora, Michoacán, 1999, pp. 229-247.

¹² Paris, Editions Recherche sur les Civilisations-Éditions de L'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, 1996.

¹³ El primer volumen *The Cambridge History of Latin America* apareció publicado en 1984 por la Cambridge University Press. La traducción castellana del mismo, realizada por Antonio Acosta, es de 1990 en la Editorial Crítica. Hasta la fecha han aparecido trece volúmenes en español.

¹⁴ El primer volumen, con introducción general de Germán CARRERA DAMAS, ha sido editado en Madrid, Editorial Trotta, 1999.

Guyana, la holandesa Surinam y la francófona Guyana), cuyos procesos históricos apenas son conocidos fuera de un área muy reducida de especialistas. En cuanto a nuestro país, la lista de ausencias se amplía. El avance en historia y cultura norteamericana y canadiense, a todas luces insuficiente, tiene su contrapartida meridional con los numerosos eventos dedicados al mundo luso-brasileño, que comienzan a institucionalizarse y a dar sus frutos tras la conmemoración del Tratado de Tordesillas, multiplicados en el actual año con el V Centenario del viaje de Álvarez Cabral. Se tenga una visión «amplia» o «reducida» de la Historia de América, el conocimiento de estas otras «Américas» debe de tenerse en cuenta y, por lo que parece, empezar a guardar espacios en las bibliotecas para incorporar –aunque sea temporalmente– una nueva región «americanizada» a grandes pasos: la Antártida.

Pero la fragmentación de la Historia («la historia en migajas» en palabras de François Dosse) y el escaso interés de unas áreas por otras sólo algunos de los problemas que hoy atañen a la escritura y la enseñanza del Americanismo. Sin profundizar, me referiré a los debates sobre la relación de la Historia con otras Ciencias Sociales y a los «compromisos» del historiador con su realidad, cuestiones que hoy casi han desaparecido frente a los retos de la globalización, la transferencias de temas y métodos, y los cambios experimentados por los nuevos sistemas de escritura, lectura y edición, que están renovando paulatinamente hábitos, normas y valores. Los que piensan que la tarea del historiador es sólo una cuestión de temas y métodos, de herencias y de decisiones personales, se engañan, pues como señala Sven Birkerts: «el modo en que recibimos la información determina radicalmente nuestras maneras de experimentar e interpretar la realidad»¹⁵. El conocimiento histórico, por más objetivo que se considere, está condicionado por contextos y circunstancias que, «invisibles», lo moldean a imagen y semejanza del *ranchito* global, por lo que se debe de estar atentos a los debates sobre los cambios que las nuevas formas de leer y de comunicarnos introducirán en nuestro modo de experimentar e interpretar la realidad y el pasado. En mi caso, que realicé mi tesis de licenciatura con una pequeña Olivetti, me sorprende a diario del acto de escribir sin pluma y de leer sin libros, por no hablar de la sorpresa de ver mi próxima investigación en forma redonda y de color metálico.

La mundialización de temas y metodologías es un problema que preocupa a los historiadores de esta época bisagra¹⁶, pero del cual desconocemos casi todo. El abaratamiento de los pasajes de avión, el aumento de los contactos internacionales, las becas y las estancias en el extranjero, amén de las modernas redes de comunicación y de transmisión de datos han aumentado los intercambios y transferencias como en ningún otro momento del Americanismo. Si antes había que esperar

¹⁵ Sven BIRKERTS, *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, p. 97.

¹⁶ Un ejemplo «excepcional» por muchos motivos es la obra coral de Alfonso GILLY, el SUBCOMANDANTE MARCOS y Carlo GINZBURG, *Discusión sobre la Historia*, México, Taurus, 1995.

años para que una obra se editase y llegase a todos los lugares de América, ahora la creación todavía «caliente» pasa del creador al receptor en horas. Por eso, preocupa los problemas de las historias cruzadas, de los encuentros indiscriminados de distintas tradiciones y colectivos, de la extraordinaria complejidad de las interrelaciones, de la flexibilidad y la tolerancia, pero también de la falta de puntos de referencias, amén de los problemas derivados de una impaciencia generalizada (el *turboamericanismo*). Susanne Klengel ha coordinado un trabajo pionero sobre los *Contextos, historias y transferencias en los estudios latinoamericanos europeos*, en el cual se abordan «cuestiones de la recepción y circulación de textos y modelos teóricos y artículos sobre historias de las disciplinas en los países respectivos, hasta planteamientos epistemológicos nuevos en el área de la producción teórica dentro del contexto intercultural»¹⁷. Todo un catálogo de problemas que hoy más que nunca atañen a los investigadores.

Hoy, la construcción del americanismo debe ser una preocupación de toda la comunidad, no sólo porque los libros y artículos serán mejor conocidos si reconstituimos su marco cultural, sino porque el castellano está dejando de ser la lengua de intercambios, una lengua con funciones de una *koiné*, que aglutina a todos los estudios y estudiosos. Hoy existen diversos circuitos y discursos, autores que solo leen a un determinado número de autores; artículos que quedan en lectores regionales, en ámbitos nacionales y otros que salen de sus áreas para influir en toda la comunidad. Pero, ¿cuántas redes hay y quiénes las conforman? Evidentemente, estas cuestiones interesan a todos los historiadores, pero para los americanistas debería ser un motivo continuo de reflexión. Ningún colectivo español está, como nosotros, expuesto a estos avatares. Si miramos hacia América, el problema de estos intercambios y debates se intensifica: ¿es posible concebir hoy la historiografía chilena y argentina sin el exilio intelectual provocado por los gobiernos militares? ¿Se puede comprender la influencia francesa en México sin conocer la larga tradición decimonónica y la reacción defensiva de una comunidad asediada frente a la poderosa comunidad académica estadounidense? Con una buena dosis de ironía, la historiadora Gertrude Himmelfard ha escrito: «se ha dicho que cuando una idea muere en Francia, rebrota en América; podría añadirse que, cuando una teoría pasa de moda en otras disciplinas, es tardíamente adoptada por los historiadores»¹⁸.

¹⁷ Susanne KLENGEL, «Historias comparadas, historias cruzadas», en Susanne KLENGEL (ed.), *Contextos, historias y transferencias en los estudios latinoamericanos europeos. Los casos de Alemania, España y Francia*, Frankfurt am Main-Madrid, Vervuert Verlag-Iberoamericana, 1997, pp. 1-21: 1. Véase, asimismo, Walter D. MIGNOLO, «Posoccidentalismo: Las epistemologías fronterizas y el dilema de los estudios (latinoamericanos) de áreas», *Revista Iberoamericana*, vol. LXII, n.º 176-177, Pittsburgh, 1996, pp. 679-696.

¹⁸ La cita se encuentra en Ignacio OLABARRI GORTÁZAR, «La «Nueva Historia», una estructura de larga duración», en José ANDRÉS-GALLEGO, *New History. Nouvelle Histoire. Hacia una Nueva Historia*, Madrid, Actas de El Escorial, 1993, pp. 29-81: 75.

Un americanista mediamente formado que salga de la universidad y quiera iniciarse en la investigación debe conocer, al menos, historiadores pertenecientes a varias comunidades y tradiciones europeas, con sus temas privilegiados, sus instituciones legitimadoras del saber, sus congresos nacionales, regionales, temáticos, y sus publicaciones abiertas o clientelistas. Además, tiene que acudir a los libros y autores de las regiones y países a estudiar, al menos leer varias historias regionales y nacionales y, cuando menos, saber citar oportunamente una docena de historiadores norteamericanos, cuyas obras son poco accesibles para los bolsillos universitarios. Años luz de lo que debía estudiar un estudiante hace treinta o cuarenta años. Escribir historia de América hoy es, pues, toda una aventura. No coinciden naciones con escuelas historiográficas –¡Dios me libre!–, por lo que el joven historiador deberá distinguir diferentes corrientes y escuelas ayudado por la mano formativa (deformativa) de sus maestros y compañeros. Y, además, estar atento a las evoluciones temáticas de cada autor, pues el historiador «a la moda» es una figura más frecuente de lo que se piensa, a la caza de becas y ayudas. La Historia de América se ha convertido en un área tan amplia de estudio y tan variada de visiones que es difícil de imaginar el proceso acumulativo y estructurado que nos enseñaron nuestros maestros. En general, las antiguas investigaciones venían a ampliar y profundizar en un discurso establecido y reverenciado: historias «generales» que se iban enriqueciendo de esta forma; ahora esos meta-relatos han desaparecido y escribimos fragmentos en una historia «múltiple» que se amplía inexorablemente. Nadie me asegura hoy que mi investigación formará parte de una nueva síntesis mayor, porque los albañiles se han quedado sin arquitecto.

3. AMÉRICA O EL PARAÍSO DE LAS HISTORIAS

Un panorama de los libros y artículos publicados sobre América en España y fuera de ella nos ofrece un panorama complejo y multiforme. El prestigio de los *Annales* y de la historia social británica sigue siendo enorme, y conviven en los laboratorios de Historia junto a otras influencias llegadas de los Estados Unidos, como la Nueva Historia Económica y los *Cultural Studies*, o de Italia, como la «microhistoria» de Ginzburg y Leví. Cuando las estructuras han sido vapuleadas en medio mundo, varios historiadores de honda repercusión en América: Ruggiero Romano, Marcelo Carmagnani y Alicia Hernández titulan un libro *Hacia una Historia de América: Las Estructuras* (1999). Historias emergentes, como la historia de la lectura y la historia del tiempo presente, son inmediatamente adoptadas, sin haberse abandonado del todo ni la historia positivista del siglo XIX ni las interpretaciones marxistas. La «historia de bronce» sigue alimentando los libros de texto nacionales y, junto a las grandes síntesis nacionales, se multiplican los dedicados a las regiones y a los rincones, a las metrópolis y a los ranchos, a las empresas y a los artesanos. Todo parece convivir en América, que se ha convertido en un paraíso –o limbo– de las tendencias historiográficas.

La explicación a este fenómeno no es fácil, pero en el análisis habría que tener en cuenta factores como el siguiente. El profesionalismo creciente de la Historia en las universidades y centros de investigación debe convivir en América con tradiciones locales no «profesionales» de entender y escribir la Historia, pero con una implantación social y política muy considerable. Esto se olvida a menudo, pero sólo hay que recordar el gran prestigio de los «cronistas», figuras que han desaparecido en otras latitudes. Otro factor es la ya mencionada multiplicación de los contactos e influencias. Insisto en ello: historias emergentes, influenciadas por los historiadores franceses o americanos, conviven con otras de clara referencia a líneas de investigación española o italiana, amén de temáticas autóctonas que, a su vez, influyen en cada una de las nombradas, como el guadalupanismo, la historiografía revolucionaria mexicana o la historia de la frontera. Además, sobreviven y muestran recuperación escuelas y disciplinas en franco descenso en otras latitudes, como la historia de las expansiones terrestres y marítimas.

Antes de abordar con más detenimiento algunas de estas tendencias historiográficas (concretamente seis: Medio Ambiente, Mentalidades, Familia, Mujeres, Política y Cultura), quisiera enumerar tres características de la actividad histórica en Iberoamérica, citando sólo tangencialmente la situación de la historiografía norteamericana, que tan magistralmente ha retratado Peter Novick en *Ese noble sueño. La objetividad y la Historia profesional norteamericana*¹⁹.

En primer lugar, la Historia se caracteriza por una falta de liderato dentro de los estudios históricos. Existen emergencias, conviven con «historias» consolidadas, renacen –más o menos rejuvenecidos– viejos temas, pero no hay una directriz, y esta cuestión en Iberoamérica es una verdad constatable en cualquier revista del medio o catálogo de publicaciones de instituciones públicas o privadas. Evidentemente, existen grupos de investigación que consolidan sus liderazgos a nivel local y como mucho regional, pero en ningún caso se atreven a identificarse como *la* historia. En este punto hay coincidencia con la historiografía norteamericana, como estudia el profesor Novick en el último capítulo de *Ese noble sueño*, que titula «No había Rey en Israel», y en donde recoge las palabras finales de Eugen Weber a un largo manual de historia de Europa: «Todo lo que el historiador puede hacer es registrar un punto de vista pasajero con tanta honradez y acuciosidad como sepa hacerlo: no cortar un pedazo de pastel de la Verdad, sino sugerir interpretaciones plausibles para su tiempo e indicar a los que vienen después cómo su época se reflejaba en el pasado»²⁰.

En segundo lugar, se ha producido el fenómeno que llamaría «de piel de leopardo». Esto es, si localizáramos en un mapa de América los estudios por tema o ten-

¹⁹ El original de Peter NOVICK, *That Noble Dream. The «Objectivity Question» and the American Historical Profession*, aparecido en 1988, fue traducido y editado en México por el Instituto de Investigaciones «José María Luis Mora» casi una década después, en 1997 (2 vols., Colección itinerarios).

²⁰ NOVICK [19], vol. 2, p. 712.

dencia, nos encontraríamos un mapa lleno de manchas, separadas por espacios en blanco. Por ejemplo, en historia de la familia conocemos bien lo que ocurre en varias ciudades de México, en unas pocas de Colombia, Perú, Panamá, Brasil y Chile. ¿Y en el resto de urbes iberoamericanas? Otro caso: el de los empresarios. Para México contamos con excelentes estudios para el XIX en Nuevo León y Chihuahua, algo para Durango, pero silencio para otras regiones. Aún dentro de esos estados podemos encontrar «manchas» historiográficas que condicionan los resultados. Un caso más: las investigaciones sobre la lectura, por muy de actualidad que estén, dejarán otra América «de leopardo», pues en numerosas regiones se leía poco o los rastros de la lectura (como los del arte, la música, las fiestas, etcétera) se han perdido.

Llegamos, así, a un problema fundamental: el de las fuentes, si se conservan o no, y la de su catalogación y disposición para la investigación. Detrás de una rica historiografía se encuentran buenos archivos regionales y locales. Por el contrario, la ausencia de los mismos –cantera de los historiadores– deja fuera de la «actualidad» histórica (y del mercado editorial y de ayudas) a cientos de regiones que no logran reunir un mínimo de documentos. A menudo se debate sobre la Historia-problema, pero pocos hablan de la imposibilidad de conocer buena parte del pasado iberoamericano debido a la destrucción de archivos o a la dificultad para su consulta. En definitiva, los grupos y tradiciones locales deben mucho a las minas de papel próximas, por lo que el anuncio de los «archivos en la red» será uno de los elementos a tener en cuenta en el futuro americanismo y, sin duda, podemos hacer previsiones a tenor de la riqueza de los archivos. No es casual, por ejemplo, que especialistas andinos hayan emigrado a México en busca de los «yacimientos» de la Inquisición, ni que el futuro de la historiografía norteña mexicana sea más prometedor después del amplio rescate documental patrocinado por Zacatecas en estados vecinos del gran Norte.

Una tercera cuestión atañe al problema de los conceptos y de su significado²¹. No sólo me refiero a los debates que generan cada cierto tiempo términos como «elite», «indio», «negro», «moneda», «encomienda», «rancho», «mestizaje», etcétera, sino a la confusión de las etiquetas que se colocan a nuestros trabajos y a los ajenos según desde dónde se mire. Dos ejemplos: aún compartiendo «escalas» de observación reducidas, poco tienen que ver la microhistoria mexicana, equivalente a historia local, con la microhistoria italiana, que utiliza la lente de aumento para descubrir factores anteriormente no observados mediante indicios, signos y síntomas²². Un segundo problema viene generado desde hace años con el rechazo

²¹ Uno de los problemas históricos frecuentes que permanece sin resolver consiste en aplicar conceptos modernos a sociedades pasadas, como los utilizados por los médicos para tratar el psiquismo sexual del hombre contemporáneo como histeria, sublimación, neurosis, represión... o los conceptos «marxistas» a sociedades precapitalistas o no occidentales.

²² Sobre las diferencias entre ambas microhistorias, véase Joseba AGIRREAZKUENAGA y Mikel URQUIJO (eds.), *Storia locale e microstoria: due visioni in confronto*, Bilbao, Universidad del País

o no de la etiqueta «mentalidad». En un reciente balance, la historiadora francesa Frédérique Langue incluía libros, capítulos y artículos que abordaban «temas afines» como la historia cultural, la etnohistoria o la antropología cultural, pues «en este último caso, la identificación con la historia de las mentalidades es casi completa, según las áreas geográficas y temporales consideradas, y más aún si se hace referencia a la *Cultural History* desarrollada en el mundo anglosajón»²³. Dejando aparte los notables beneficios de la recopilación, creo que no todos los autores estarían de acuerdo en entrar en la lista, sobre todo tras la aparición del irónico libro de G. E. R. Lloyd, *Los mentalidades y su desenmascaramiento*²⁴.

Otras opciones que hoy tienen los investigadores son las distintas escalas que pueden adoptar en sus investigaciones. A la historia nacional e imperial le ha sustituido la historia regional y local desde hace décadas, si bien aquellas perspectivas han renacido en España con los últimos centenarios de 1898, Felipe II y Carlos V²⁵. Hoy contamos ya con un corpus teórico importante y varios balances historiográficos que transmiten un desbordante optimismo, aunque todavía queden sin resolver conceptos tan trascendentales como «región»²⁶. A menudo se identifica falsamente «región» con «estado» u otra demarcación administrativa sin más, y también con frecuencia se olvidan los historiadores que las regiones no son construcciones pétreas. Como ha escrito Eric Van Young, «las regiones son hipótesis

Vasco, 1993. El patriarca de la microhistoria en México es Luis González, autor de varios trabajos sobre el tema, algunos de los cuales están reeditados en *Todo es historia*, México, Cal y Arena, 1989. Los autores italianos también han sido leídos en México, así como en Argentina y Chile, destacándose la obra de Carlo Ginzburg (véase, por ejemplo, el libro de Javier VILLA FLORES, *Carlo Ginzburg, el historiador como teórico*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1994).

²³ Frédérique LANGUE, «La historia de las mentalidades y la América colonial», *Redial*, n.º 4, París, 1994, pp. 77-118: 78.

²⁴ El libro de LLOYD apareció en Madrid, Siglo XXI, 1996. El original, *Demystifying Mentalities* es de 1990.

²⁵ Véase *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, vol.17, Salamanca, 1999, pp. 17-63, con artículos de Richard LANGHORNE («El imperialismo: acontecimientos y procesos», pp. 19-37) y Christopher SCHMIDT-NOWARA («El Mito Liberal del Imperio: España, Cuba, el 98», pp. 39-52) y los comentarios de John S. Ickringill y Elena Hernández Sandoica (pp. 53-63). Un balance historiográfico del 98 en Antonio SANTAMARÍA y Consuelo NARANJO OROVIO, «El '98 en América. Últimos resultados y tendencias recientes de la investigación», *Revista de Indias*, vol. LIX, n.º 215, Madrid, 1999, pp. 203-274. La influyente *Past Present*, publica en el n.º 164, Londres, 1999, el trabajo de A. G. HOPKINS, «Back to the Future: From National History to Imperial History», pp. 198-243, en donde se aborda el regreso de la perspectiva imperial.

²⁶ Véase los trabajos reunidos por Pedro PÉREZ HERRERO (comp.), *Región e Historia en México (1700-1850)*, México, Instituto de Investigación «José María Luis Mora», 1991; el coordinado por Carlos MARTÍNEZ ASSAD, *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, 1990; y los capítulos de M. Micheline CARIÑO, «Hacia una nueva historia regional de México», y Pablo SERRANO, «Por los rincones de la historiografía mexicana. La historia regional y su metodología», en Carlos BARROS y Carlos AGUIRRE ROJAS (eds.), *Historia a Debate. América Latina*, Santiago de Compostela, Historia a Debate, 1996, pp. 205-217 y 237-245, respectivamente.

por demostrar», si bien «generalmente no invertimos mucho tiempo tratando de aclarar a qué nos referimos cuando hablamos de regiones geohistóricas»²⁷. De igual forma, aunque se asocie automáticamente a una línea, las fronteras en América se analizan como regiones, con las mismas problemáticas, amén de otras propias que remarcan las integraciones y las resistencias de todo pelaje.

De igual forma, la reducción de la escala ha permitido estudiar haciendas, ranchos, misiones, presidios, colonias, poblados mineros, conventos, etcétera. Y rizando el rizo, el aumento de la lente ha revelado factores y fenómenos antes no estudiados. Complementariamente, la historia estatal y nacional sigue encontrando adeptos y cultivadores, protagonizando libros de textos y discursos identitarios, amén de las «breves historias» nacionales, estatales o provinciales, que resumen la impaciencia generalizada de este final de siglo. Ediciones que se venden por miles y que tienen su público: ejecutivos acelerados y lectores poco escrupulosos.

Pero si algo caracteriza a los últimos años del siglo XX ha sido el retorno del sujeto: la escala humana²⁸. Con él estaría relacionada la biografía, la autobiografía y los diarios. Frente a la dictadura del número y la serie, hoy se vuelve a restaurar el papel de los individuos: situaciones vividas y estrategias singulares, sus alianzas y enfrentamientos [...] y con ellas, las familias, parentelas y comunidades. Y junto al estudio de las normas que rigen la sociedad, se destacan las desviaciones y las estrategias²⁹. En opinión de Giovanni Levi: «La cuestión que se plantea es, por tanto, la de definir los límites –por más estrechos que puedan ser– de la libertad garantizada al individuo por los intersticios y contradicciones existentes en los sistemas normativos que lo rigen»³⁰.

Si la historia oral y los archivos judiciales e inquisitoriales han llenado la Historia de América de personajes anónimos, el retorno de la historia política ha multiplicado las biografías y renovado el papel de los acontecimientos, otro de los regresos más llamativos de la historiografía finisecular. Según Xavier-François Guerra:

²⁷ Eric VAN YOUNG, «Haciendo Historia Regional: consideraciones metodológicas y teóricas», en PÉREZ HERRERO [26], pp. 99-122: 100-101.

²⁸ Un panorama general en Carlos BARROS (ed.), *Historia a Debate. Tomo II. Retorno del Sujeto*, Santiago de Compostela, Historia a Debate, 1995. Algunas vidas americanas han sido rescatadas por Della M. FLUSCHE, «Doña Isabel Osorio de Cáceres: Chilean Matriarch», *Colonial Latin American Historical Review*, vol. 3, n.º 1, Albuquerque, Nuevo México, 1994, pp. 39-71; Gustavo Rafael ALFARO RAMÍREZ, «¿Quién encarceló al alguacil mayor de Puebla? La vida, los negocios y el poder de don Pedro de Mendoza y Escalante, 1695-1740», *Estudios Novohispanos*, vol. 17, México, 1997, pp. 31-62; Antonio IBARRA, «Conspiración, desobediencia social y marginalidad en la Nueva España: la aventura de Juan de la Vara», *Historia Mexicana*, vol. XLVII, n.º 1, México, 1997, pp. 5-34; y Carlos Alberto MAYO, «Patricio de Belén: nada menos que un capataz», *Hispanic American Historical Review*, vol. 77, n.º 4, Durham, 1997, pp. 597-617.

²⁹ Roger CHARTIER, «La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas», *Historias*, vol. 31, México, 1994, pp. 5-19: 6.

³⁰ Giovanni LEVY, «Sobre microhistoria», en Peter BURKE (ed.), *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp. 119-143: 121.

«Los modernos estudios sobre la toma de decisión —en crisis internacionales graves, como la de los misiles de Cuba, por ejemplo— confirman la importancia que se daba en el pasado a los hombres de Estado situados en los lugares estratégicos del poder político, pero también muestran, como era de esperar, la complejidad de acciones aparentemente simples y personales, al poner de manifiesto el juego de los múltiples actores y variables que intervienen en la decisión final»³¹.

Sin embargo, ni las biografías ni el estudio acontecimental —«la espuma de las olas» de Braudel— pueden abordarse actualmente sin tener en cuenta la evolución general del conocimiento histórico o simplemente del conocimiento. Así, uno de los problemas a resolver es el de «la pertenencia de un hombre a un determinado grupo». Y otro, «el de la transferencia de la voluntad del grupo al actor visible que lo encarna o lo representa»³². Por ejemplo, mostrar si Zapata creó el zapatismo o el zapatismo creó a Zapata, o si Perón fue peronista y Cárdenas un cardenista. Los retornos también traen otros peligros, como el de convertir la Historia en una cartografía de particularidades, una multitud de islotes en un océano de silencios, pero será la imaginación y la inteligencia del historiador el encargado de dotarle de significación histórica. Un caso paradigmático es el de la obra *Pueblo en vilo* de Luis González, considerado por muchos historiadores mexicanos como el mejor libro de Historia del siglo. Pues bien, el tema es la vida de un pequeño pueblo de rancheros michoacanos, que el autor quiso titular con cierta ironía «Historia universal de San José de Gracia», pero que apareció en la Navidades de 1968 con el título ya citado de *Pueblo en vilo*³³.

4. MÚLTIPLES MIRADAS

La Historia de América finisecular se interesa por todas las actividades humanas. A ello le corresponde una multiplicidad de miradas y métodos, como ya hemos señalado, que se traduce en una ingente producción que hoy llega desde los lugares más recónditos. Se impone la idea de que toda la historia de América está social o culturalmente constituida, pero ello no impide que convivan historias emergentes con otras más tradicionales que buscan su renovación en un ambiente académico cada vez más fragmentado y en un mercado editorial que premia las biografías y las novelas históricas. La brevedad de este trabajo y la dificultad de

³¹ François-Xavier GUERRA, «El renacer de la historia política: razones y propuestas», en ANDRÉS-GALLEGO [18] pp. 221-245: 230.

³² GUERRA [31], p. 233.

³³ El libro fue traducido al inglés por John Upton y publicado en la Texas University Press. La traducción al francés la realizó Annie Meyer, editándose en Plon con el poético título de *Les barrières de la solitude*.

las clasificaciones han sido dos obstáculos inevitables para abordar todas las tendencias americanistas actuales, pero espero al menos dar un panorama general que ayude a otros balances más concretos. Como ya señalamos, nos vamos a ocupar de dos grupos temáticos que han destacado en el último cuarto de siglo: el primero por su consolidación (Historia de la ciencia y medio ambiente, Historia de las mentalidades, Historia de la familia y la sexualidad, e Historia de la mujer) y el segundo por su retorno y actualidad tras varias décadas de ostracismo (Historia política e Historia cultural). Otras especialidades siguen en plena transformación, como la Historia Económica³⁴, la Historia de la Iglesia³⁵, la Historia del Derecho Indiano³⁶ o la Historia Intelectual³⁷, por no citar los estudios prehispánicos, antropológicos y etnohistóricos³⁸, pero, como anteriormente he señalado, la brevedad de este trabajo impiden abordarlos.

³⁴ Véase, Carlos MARICHAL, «La historia económica en la década de los 80's», en Horacio CRESPO y otros, *El historiador frente a la Historia. Corrientes historiográficas actuales*, México, UNAM, 1992, pp. 79-86; el número especial «La Historia Económica en Latinoamérica», edición a cargo de Pablo MARTÍNEZ ACEÑA, Adolfo MEISEL y Carlos NEWLAND, de la *Revista de Historia Económica*, Madrid, 1999; y Emiliano FERNÁNDEZ DE PINEDO, «La historia económica ¿un filón que se agota?», en *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1993, pp.69-82. Por último, Juan Carlos KOROL y Enrique TANDETER, *Historia económica de América Latina: problemas y procesos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1999.

³⁵ Entre otras obras recientes destacaré: Rubén Darío GARCÍA, *Historiografía General de la Iglesia en Latinoamérica*, Buenos Aires, Centro Salesiano de Estudios, 1990; Guillermo MELÉNDEZ, *Iglesia, cristianismo y religión en América Central. Resumen bibliográfico (1960-1988)*, San José, DEI, 1988; Antonio RUBIAL GARCÍA y Clara GARCÍA AYLARDO, *La vida religiosa en el México colonial. Un acercamiento bibliográfico*, México, Universidad Iberoamericana, 1991; Roberto BLANCARTE, «La producción historiográfica (1968-1988) sobre la Iglesia católica en México desde 1929», en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, Comité Mexicano de Ciencias Históricas-Gobierno del Estado de Morelos-UNAM, 1990, pp. 403-415; Elisa LUQUE ALCAIDE, «La historiografía reciente sobre la historia de la Iglesia en México (1984-1994)», en *Anuario de Historia de la Iglesia*, n.º 5, Madrid, 1996, pp. 319-334; en el mismo volumen, Celina A. LÉRTORA MENDOZA, «Tendencias actuales de la historiografía eclesiástica argentina», pp. 343-356; y Lourdes DÍAZ-TRECHUELO, «La Historia de la Iglesia en Asia», pp. 171-196. Véase, por último, las últimas directrices de la religiosidad norteamericana en John SMOLENSKI, «Culture, History, and the «Religion Concept»: A Review Essay» en *American Quarterly*, vol. 51, n.º 4, 1999, pp. 882-894.

³⁶ Víctor TAU ANZOÁTEGUI, *Nuevos horizontes en el estudio histórico del Derecho Indiano*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 1997.

³⁷ Hugo CANCINO TRONCOSO, Susanne KLENGEL y Leonzo NANCI (eds.), *Nuevas perspectivas metodológicas de la historia intelectual de América Latina*, Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1999.

³⁸ Véase, Alfonso LACADENA GARCÍA-GALLO, «Afrontar la escasez: El estudio de la América Prehispánica», *Anales del Museo de América*, n.º 5, Madrid, 1997, pp. 7-16; José Luis DE ROJAS, «El indio evanescente. El indio de la América Colonial», *Anales del Museo de América*, n.º 5, Madrid, 1997, pp. 53-72; y Félix JIMÉNEZ VILLALBA, «La visión de las culturas precolombinas en España», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, n.º 4, Madrid, 1997, pp. 85-104. Un revelador libro es Devon A. MIHESUAH (ed.), *Natives and Academics: Researching and Writing About American Indians*, Dakota, University of Nebraska Press, 1998 (paperback).

Uno de los avances más espectaculares de la última década ha sido la Historia de la Ciencia en América. Los cultivadores aislados de esta especialidad a principios de los ochenta, en el caso americano centrados principalmente en la medicina y la tecnología minera, vieron surgir varias docenas de equipos, departamentos y revistas durante la década de los ochenta, como la conocida *Quipu*³⁹. Monografías, libros colectivos y lujosos catálogos (memoria fija de otras tantas exposiciones) dieron a conocer a los especialistas y al gran público las grandes figuras de la ciencia iberoamericana, las grandes expediciones ilustradas, pero también la ciencia indígena y la nacional, destacando temas como los procesos de asociación y profesionalización, la recepción de las teorías y métodos científicos (destacando para el siglo XIX el Darwinismo), la institucionalización del saber periférico, los retos de la mundialización, el papel de las tecnologías en la modernización de las sociedades y en su dependencia del mercado-mundo, etcétera. Como ha escrito Miguel Ángel Puig-Samper: «Esta *pequeña ciencia*, que se encuentra en la órbita lejana de los grandes paradigmas científicos y asimila los conocimientos producidos en otras latitudes, aunque en muchos casos los modifique y transforme al ritmo de una dinámica propia, adquiere otra dimensión al situarla en un medio social determinado que se desarrolla históricamente de una forma única e irrepetible»⁴⁰. Esto es, se priman las condiciones políticas, sociales, económicas y culturales (difusión-recepción) en las que ésta se ha desarrollado e institucionalizado en lugar de los grandes descubrimientos y los genios aislados⁴¹.

Un tema privilegiado en estos últimos años ha sido el estudio de la diversidad biológica y el impacto de la expansión europea, novedad que tiene su base en la preocupación social y política por la conservación del planeta. El deterioro medioambiental ha impulsado una visión crítica del pasado, una denuncia del impacto

³⁹ Esta revista es el órgano de expresión de la Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología, que se fundó en México el año 1982 y que ha organizado varios congresos desde entonces.

⁴⁰ Miguel Ángel PUIG-SAMPER, «La Historia de la Ciencia en Cuba: Algunas reflexiones críticas», en Josef OPATRYN (coord.), *Cuba. Algunos problemas de su historia*, Praga, Universidad Carolina, 1995, p. 144. Véase Diana SOTO ARANGO, Miguel Ángel PUIG-SAMPER y M.^a Dolores GONZÁLEZ RIPOLL (eds.), *Científicos criollos e Ilustración*, Madrid, Ed. Doce Calles-Colciencias-Rudecolombia, 1999.

⁴¹ Algunos balances historiográficos en Antonio LAFUENTE y J. SALA, *La ciencia colonial en América*, Madrid, Alianza Universidad, 1992; E. QUEVEDO, «Los estudios histórico-sociales sobre las ciencias y la tecnología en América Latina y en Colombia: Balance y actualidad», en *Historia social de la ciencia en Colombia. Fundamentos teórico-metodológicos*, T. I, Bogotá, Colciencias, 1993, pp. 17-86; Antonio LAFUENTE, Alberto ELENA y M. L. ORTEGA, *Mundialización de la ciencia y cultura nacional*, Madrid, Doce Calles, 1993; L. C. ARBOLEDA y C. OSORIO (eds.), *Nacionalismo e Internacionalismo en la Historia de las Ciencias y la Tecnología en América Latina*, Cali, Universidad del Valle, 1997; Juan José SALDAÑA (coord.), *Historia social de las ciencias en América Latina*, México, UNAM, 1996; y T. F. GLICK, R. RUIZ y Miguel Ángel PUIG-SAMPER, *El darwinismo en España e Iberoamérica*, México-Madrid, UNAM-CSIC-Doce Calles, 1999.

ecológico de la colonización y un interés de los especialistas por analizar y valorar los «desarrollos sustentables»⁴². El enfoque ecológico y biológico ha sido estudiado por Antonello Gerbi⁴³ desde el mundo de las ideas y las imágenes; más decisivos para el tema han sido los estudios del norteamericano Alfred W. Crosby⁴⁴, quien ha introducido la importancia del factor histórico en la biodiversidad y la biogeografía. Los temas cambian según las regiones de América⁴⁵, pero en general preocupa el impacto de la llegada de las nuevas plantas y animales, los efectos de la colonización y la industrialización, la explotación intensiva de los campos, la insalubridad de los ríos y las aguas, las medidas de protección de los bosques y las selvas, etcétera. Por la importancia, destaca la bibliografía en y sobre Brasil, y en concreto sobre la Amazonia, tema estrella de los ecohistoriadores⁴⁶.

Pero sigamos adelante en este apretado panorama. En busca de respuestas para los comportamientos y hábitos colectivos, las relaciones entre los valores y las normas, las leyes y las prácticas, surgió a mediados de siglo en Francia la historia de las mentalidades, que fue llevada a México por los historiadores galos Solange Alberro y Serge Gruzinski⁴⁷, y arraigó gracias a otro grupo interesado en la religiosidad popular coordinado por Sergio Ortega Noriega. La historia de las mentalidades, que según la doctora Alberro: «fue a veces considerada con ligereza como

⁴² Véase, Fernando TUDELA (coord.), *Desarrollo y medio ambiente en América Latina y el Caribe: una visión evolutiva*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1990; y J. Raúl NAVARRO GARCÍA y Fernando DÍAZ DEL OLMO, *Medio ambiente y desarrollo en América Latina*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1999. Una visión global en Alejandro NADAL EGEA, «Los recursos naturales, su explotación y las nuevas políticas ecológicas», en José Luis REYNA (comp.), *América Latina a fines de siglo*, México, FCE, 1995, pp. 116-147.

⁴³ Antonello GERBI, *La disputa del Nuevo Mundo*, México, FCE, 1973; y *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, FCE, 1975.

⁴⁴ Alfred W. CROSBY, *The Columbia Exchange. Biological and Cultural Consequences of 1492* (Connecticut, 1972) y el muy leído *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*, Barcelona, Crítica, 1988 (1ª ed. Cambridge, 1986).

⁴⁵ Entre otros, véase Alejandro TORTOLERO (coord.), *Tierra, agua y bosques: historia y medio ambiente en el México central*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-Instituto Mora-Potrerrillos Editores-Universidad de Guadalajara, 1996; y B. CLIFTON KROEBER, *El hombre, la tierra y el agua. Las políticas en torno a la irrigación en la agricultura mexicana, 1885-1911*, México, CIESAS-Instituto Mexicano de Tecnología del Agua, 1994.

⁴⁶ Véase Ghilleen T. PRANCE y Thomas E. LOVEJOY, *Key Environments: Amazonia*, Oxford and New York, Pergamon Press, 1985; y Hans P. BINSWANGER, *Brazilian Policies that Encourage Deforestation in the Amazon*, Washington, Banco Mundial, 1989. Una perspectiva histórica en John HEMMING, *Amazon Frontier: The Defeat of the Brazilian Indians*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1987; y Emilio F. MORÁN, *La Ecología Humana de los pueblos de la Amazonía*, México, FCE, 1993, quien propone «una metodología que evite la excesiva simplificación causal y tome en cuenta la importancia de la educación hombre/naturaleza en el contexto histórico e ideológico» (p. 43).

⁴⁷ Solange ALBERRO y Serge GRUZINSKI, *Introducción a la historia de las mentalidades*, México, INAH, 1979. Los aspectos teóricos y aportaciones mexicanas en Sergio ORTEGA NORIEGA, «Introducción a la Historia de las Mentalidades», *El historiador frente a la Historia. Corrientes historiográficas actuales*, México, UNAM, 1992, pp. 87-95.

una moda efímera, está hoy totalmente aceptada y goza incluso de la misma fama de respetabilidad que otras corrientes más antiguas»⁴⁸. Pero el camino no ha sido fácil y como consecuencia de «la fertilidad y el dinamismo» de la investigación, pronto surgieron nuevas tendencias que están terminando por «invisibilizarla». De nuevo nos encontramos con problemas de adjudicación, de cruces de camino y de «complejidad» de la historia reciente, pues ciertos temas de «mentalidades» han pasado sin dificultad a integrar la «nueva historia cultural». Así, los comportamientos sexuales de la pareja (tema de religiosidad y después de mentalidades) se ha contextualizado en el seno de la familia y ésta, a su vez, ha sido estudiada desde las estrategias de alianza hasta sus implicaciones económicas. Quizás, el único terreno que le queda a las mentalidades es el de la muerte, más por lo antiestético de convertir a alguien en «historiador de la muerte» que por la evolución del tema, paralelo al de otros, como lo demuestra la enorme bibliografía que poseemos, desde las actitudes hacia el más allá hasta la salubridad de los camposantos⁴⁹.

De cualquier forma, sean «mentalidades» o no, lo cierto es que hoy poseemos un mayor conocimiento de los comportamientos sexuales y los usos amorosos tanto en el mundo prehispánico, como en el colonial y contemporáneo. E igual ocurre con la familia, los marginados y con las relaciones de género. Las mentalidades, que han arraigado sobre todo en México y Brasil, han contribuido decisivamente a sensibilizar a los historiadores por problemas de poder y de resistencia, las estrategias de control y represión de los cuerpos y de los imaginarios, los encuentros entre culturas y los mediadores, las normas y su desviaciones, y el vivir diario como una empresa que, a pesar de los códigos impuestos, podía configurarse dentro de cierta libertad. En la actualidad, esas visiones son completadas con otros estudios que están en buena parte inspirados por la actualidad de los problemas que abordan: los «recluidos» y «marginados» (locos, leprosos, prostitutas), y el trasplante a América de las teorías racistas elaboradas en los siglos XIX y XX⁵⁰. Estos estudios completarán los consagrados a analizar la «demonización»

⁴⁸ Solange ALBERRO, «Prólogo», a Pilar GONZALBO AIZPURU (ed.), *Género, familia y mentalidades en América Latina*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1997, pp. 8-11: 8.

⁴⁹ Por ejemplo, María Concepción LUGO OLÍN y Emma RIVAS MATA, *La muerte por escrito. Catálogo de la colección «sermones fúnebres» de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia*, México, INAH, 1994. Muestra de la «vitalidad» del tema son los artículos de Concepción LUGO, «Del púlpito a las tribunas. El proceso de secularización en el discurso de la muerte. México, 1760-1867», *Historias*, n.º 35, México, 1995-1996, pp. 83-101; y Jesús TURISO SEBASTIÁN, «El semblante de la muerte: actitudes sociales ante la muerte en la Lima Borbónica», *Histórica*, vol. 23, n.º 1, Lima, 1999, pp. 111-134. Sin embargo, hay que recordar que los testamentos y las actitudes hacia la muerte revelan paradójicamente muchos aspectos de la vida, como demuestra el libro de Antonio GARCÍA-ABÁSULO, *La vida y la muerte en Indias. Cordobeses en América (siglos XVI-XVIII)*, Córdoba, Cajasur, 1992.

⁵⁰ Consuelo NARANJO y Armando GARCÍA, *Medicina y racismo en Cuba*, La Laguna, Centro de Cultura Popular, 1996; y de los mismos autores, *Racismo e inmigración en Cuba en el siglo XX*, Aranjuez, Doce Calles-Fundación de Investigaciones Marxistas, 1996. Sobre la locura, véase María

del indígena y más tarde de los negros y los asiáticos, el trasplante a América de los monstruos clásicos, la persecución de minorías religiosas (judíos, protestantes, musulmanes), y el miedo tanto colonial como nacional a los «vagabundos»⁵¹.

Los historiadores de las mentalidades se han preocupado de cómo entendieron los hombres el mundo que les tocó vivir, de cómo reaccionaron y de cómo esas normas e imágenes determinaron sus comportamientos. En cuanto a la metodología, se ha empleado desde las series de testamentos u obras de arte, hasta lo que Edoardo Grendi ha definido como lo «excepcionalmente normal»⁵². La bibliografía, centrada en unos cuantos países hasta los noventa, empieza a ocuparse de áreas poco conocidas y, por lo general, está poniendo de manifiesto las debilidades y las contradicciones de un sistema colonial (y después republicano) que pretendía normar (regular) todos los aspectos de la vida y la muerte.

Otro de los temas privilegiados en los últimos años ha sido la historia de la familia, cuya bibliografía es enorme⁵³. Los investigadores se han interesado por multitud de aspectos y temporalidades, desde la época prehispánica hasta la actualidad, desde los primeros escarceos amorosos y tratos nupciales, hasta las ceremonias religiosas, desde el régimen matrimonial y las estrategias y estructuras familiares tanto en las ciudades como en los campos, hasta las disoluciones y las desintegraciones de hecho o reglamentadas. Uno de los aspectos que preocupan en la actualidad es la violencia y el conflicto dentro de las familias formales o informales, no porque fuera una situación generalizada –que no lo sabemos–, sino por-

Cristina Sacristán, *Locura e Inquisición en Nueva España, 1571-1760*, México, FCE, 1992; de la misma autora, *Locura y disidencia en el México Ilustrado, 1760-1810*, México, El Colegio de Michoacán-Instituto Mora, 1994; más descriptivo que analítico, Ernestina Jiménez Olivares, *Psiquiatría e Inquisición. Procesos a enfermos mentales*, México, Departamento de Medicina UNAM, 1992; y Rafael Huertas, «Locura y norma social en el México ilustrado», en Salvador Bernabéu Albert (coord.), *El Paraíso Occidental. Norma y diversidad en el México virreinal*, Madrid, Instituto de México en España, 1998, pp. 155-164.

⁵¹ Alejandra ARAYA ESPINOZA, *Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial*, Santiago de Chile, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1999.

⁵² Edoardo GRENDI, «Microanálisi e storia sociale», *Quaderni Storici*, n°7, Bologne, 1972, pp. 506-520.

⁵³ Véase, entre la enorme bibliografía, Serge GRUZINSKI, «Les enfants de l'Apocalypse: la famille en Méso-Amérique et dans les Andes», en André BURGUIÈRE et al., *Histoire de la famille*, Paris, Armand Colin, 1986, pp. 157-209; Elizabeth Anne KUZNESOF, «The History of the Family in Latin America: A Critique of Recent Work», *Latin American Research Review*, vol. XXIV, n.º 2, Alburquerque, Nuevo México, 1989, pp. 168-186; Silvia Marina ARROM, «Perspectivas sobre historia de la familia en México», en Pilar GONZALBO AIZPURU (coord.), *Familias novohispanas, siglos XVI-XIX*, México, El Colegio de México, 1990, pp. 389-402; *Familia y poder en Nueva España*, México, Seminario de Historia de las Mentalidades, INAH, 1991; Pablo RODRÍGUEZ, *Sentimientos y vida familiar en el Nuevo reino de Granada. Siglo XVIII*, Bogotá, Ariel, 1997; y Pilar GONZALBO AIZPURU, «Nuevo mundo, nuevas formas familiares», en el libro editado por la misma, *Género, familia y mentalidades en América Latina*, San Juan de Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1997, pp. 13-38.

que ese malvivir ha quedado registrado en los archivos judiciales e inquisitoriales de la época virreinal y en los depósitos policíacos de las repúblicas. Los estudios de casos, sin embargo, deben ser tomados con precaución para no generalizar automáticamente los comportamientos concretos.

En la actualidad, a pesar de lo mucho que falta por hacer, conocemos mejor tanto las familias de las elites, como las de los grupos populares y marginales de Iberoamérica. Para unas y otras los cambios históricos fueron profundos tras la conquista y con la llegada al Nuevo Mundo de lo que se ha denominado «familia moderna». En un reciente balance sobre la época colonial, Pilar Gonzalbo ha señalado que:

«Como consecuencia de los cambios de toda índole, los valores familiares evolucionaron hacia el formalismo y el pragmatismo entre la elite y hacia la apertura y solidaridad entre los grupos populares. Para unos y otros, la importancia de pertenecer a una familia no se limitaba a la satisfacción de las necesidades afectivas, sino que repercutía en las posibilidades de supervivencia, de mantenimiento de privilegios o de aspiraciones de ascenso social»⁵⁴.

En la Historia de América, nuevas líneas de investigación estudian la intimidad, la vida privada –tema difícil hasta llegar a la contemporaneidad–, la de revisar la unidad familiar por «comunidad doméstica», para algunos más real, la dimensión de lo «ilícito», las características dentro y fuera del grupo étnico, etcétera. La ampliación temática está enriqueciendo los planteamientos, si bien son escasos los estudios que van más allá de un período o lugar concreto, y excepcionales los comparativos. La importancia de los mismos lo demuestra el trabajo de Robert McCaa sobre los regímenes matrimoniales en el México colonial, que divide en tres regiones (sur, centro y norte) coincidiendo con los tipos de asentamiento, formas de poblamiento y composición étnica⁵⁵. Los ejemplos se multiplicarían, lo que demuestra la importancia de la familia como medio para conocer las sociedades americanas y su dinámica, dado su doble papel de reproducción biológica y social, en donde coinciden y se superponen aspectos biológicos, factores demográficos, económicos, culturales y religiosos. Los estudios nos están demostrando una gran variedad familiar en América Latina, tanto legítimas, como simuladas o inventadas, porque siempre era mejor estar mal que estar solo.

Sexualidad y amor son temas complementarios de la familia, pero ambos están adquiriendo a pasos acelerados su «autonomía» como otras tantas especialidades más de la Historia social. El primero de ellos, la historia sexual, engloba aspectos

⁵⁴ GONZALBO [53], p. 37.

⁵⁵ Robert MCCAA, «Trato nupciales: la constitución de uniones formales e informales en México y España, 1500-1900», en Pilar GONZALBO y Cecilia RABELL (coords.), *Familia y vida privada en la historia de Iberoamérica*, México, El Colegio de México-UNAM, 1996, pp. 21-58.

sanitarios, políticos, policiales, religiosos y económicos. Un tema privilegiado desde el siglo XIX es el de la prostitución⁵⁶, que ha sido el protagonista de varias monografías y artículos en los últimos años. En la actualidad, se estudian las conductas sexuales tanto minoritarias como generalizadas, dentro y fuera del matrimonio, dentro y fuera del catolicismo⁵⁷.

En cuanto al amor, destaca el estudio del noviazgo, que arroja noticias interesantes, como Robert McCaa ha descubierto para la ciudad de Parral a fines de la colonia, donde los conflictos entre padres e hijos, dominantes en los decenios anteriores, pierden terreno ante los enfrentamientos entre hombres y mujeres⁵⁸. Por otra parte, es sugestiva la conclusión de Lourdes Villafuerte, tras estudiar varios casos de relaciones de jóvenes del centro de México en el siglo XVII, de que «es muy difícil encontrar una frontera nítida entre el amor y el desamor»⁵⁹. Pero la pasión de pareja no era la única: el amor a los hijos, incluso a los animales domésticos, nos habla de lo que Elisabeth Badinter ha llamado «l'amour en plus»⁶⁰. Además, no hay que olvidar los amores prohibidos, como los perseguidos por el delito de sollicitación⁶¹.

⁵⁶ E. RODRÍGUEZ SOLÍS, *Historia de la Prostitución en España y América*, Madrid, 1891. Para el caso mexicano, Ana María ATONDO RODRÍGUEZ, *El amor venal y la condición femenina en el México colonial*, México, INAH, 1992.

⁵⁷ Sobre el tema, aunque reducido a España, existe un excelente estudio historiográfico de Francisco VÁZQUEZ GARCÍA, «Historia de la sexualidad en España: problemas metodológicos y estado de la cuestión», en *Hispania*, vol. LVI, n.º 194, Madrid, 1996, pp. 1007-1035. Un acercamiento al tema, sin agotarlo, en Solange ALBERRO y otros, *El placer de pecar y el afán de normar. Ideología y comportamientos sexuales y familiares en México colonial*, México, INAH, 1979, que fue muy comentado cuando se publicó. Véase, además, Noemí QUEZADA (coord.), *Religión y sexualidad en México*, México, UNAM-UAM, 1997, y Pierre RAGON, *Les amours indiennes. Ou l'imaginaire du conquistador*, Paris, Armand Colin, 1992. Más reciente es el libro de Georges BAUDOT y María Águeda MÉNDEZ, *Amores prohibidos. La palabra condenada en el México de los virreyes*, México, Siglo XXI, 1997.

⁵⁸ Robert MCCAA, «Gustos de los padres, inclinaciones de los novios y reglas de una feria nupcial colonial: Parral, 1770-1814», *Historia Mexicana*, vol. XL, n.º 160, México, 1991, pp. 579-614.

⁵⁹ Lourdes VILLAFUERTE GARCÍA, «Entre dos amores. Problemas de novios en el siglo XVII», en *Amor y desamor. Vivencias de parejas en la sociedad novohispana*, México, INAH, 1992, pp. 27-49: 47. Otro interesante libro es Pablo RODRÍGUEZ, *Sedución, amancebamiento y abandono en la colonia*, Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1991. Los cambios contemporáneos en Martha Eva ROCHA, «Los comportamientos amorosos en el noviazgo, 1870-1968. Historia de un proceso secular», *Historias*, n.º 35, México, 1995-1996, pp. 119-139.

⁶⁰ Elisabeth BADINTER, *L'amour en plus. Histoire de l'amour maternel (XVII-XX siècles)*, Paris, Flammarion, 1980.

⁶¹ Jorge René GONZÁLEZ MARMOLEJO, «Pecadores virtuosos. El delito de sollicitación en la Nueva España (siglo XVIII)», *Historias*, n.º 11, México, 1995, pp. 73-83; y René MILLAR CARVAJO, «La Inquisición de Lima y el delito de sollicitación», en Abelardo LEVAGGI (coord.), *La Inquisición en Hispanoamérica*, Ciudad Argentina-Universidad del Museo Social Argentino, 1999, pp. 105-208. Un caso especialmente interesante lo estudia Teresa LOZANO ARMENDARES, «El gran seductor. O de cómo pueden disimularse los vicios de una comunidad doméstica», *Estudios Novohispa-*

Como en otros problemas de mentalidades, hay que superar el divorcio entre las representaciones (sean jurídicas, teológicas, científicas, administrativas, pedagógicas...) y las conductas individuales y colectivas. Lo que se está concluyendo es que las masas no eran mudas e inertes, sino que tenían sus propios argumentos, códigos de valores y sistemas de creencias. Los historiadores han detectado cambios de sensibilidades a lo largos de los decenios, pero lo importante ahora es fijar cuándo se producen y si conviven varias sensibilidades a la vez. Creo que es válido para Iberoamérica la denuncia de Francisco Vázquez para el caso español: «Con frecuencia –señala en citado historiador–, la relación entre el ejercicio del poder, las instituciones y la sexualidad, se conciben a partir de un esquema que actualmente puede considerarse, si no completamente erróneo, sí al menos muy cuestionable: el esquema tolerancia vs. represión»⁶².

Pero sigamos adelante en esta cartografía americanista. La mujer, en América, ha abandonado el papel pasivo que le asignó la historiografía para convertirse en un actor social. Si las primeras investigaciones se interesaban por el estudio de las sociedades feministas y su incursión en la política, hoy las mujeres son estudiadas en todas las épocas, regiones y ocupaciones⁶³. Las mujeres «ilustres», quizás las primeras que se estudiaron (por ejemplo, Doña Marina, sor Juana Inés de la Cruz, Manuela Sáenz, Eva Perón, etcétera) siguen generando un gran interés, pero los historiadores han descubierto a las mujeres por todas partes, empezando por las elites minera, agrícola y comercial, y siguiendo con el papel de las féminas en los movimientos sociales, que están revisando la imagen tradicional de una mujer sumisa y dependiente en los siglos coloniales y decimonónico⁶⁴. Ni siquiera las

nos, vol.17, México, 1997, pp.137-149. Otros, no menos curiosos, se encuentran en Ann TWINAM, *Public Lives, Private Secrets. Gender, Honor, Sexuality, and Illegitimacy in Colonial Spanish America*, Stanford, Stanford University Press, 1999.

⁶² VÁZQUEZ [55], p. 1017.

⁶³ Mary NASH, «Dos décadas de historia de las mujeres en España: una reconsideración», *Historia social* 9 (1991), pp. 137-161. Los estudios son muy numerosos, por lo que sólo citaré tres ejemplos que contienen abundante bibliografía: James S. AMELANG y Mary NASH (eds.), *Historia y género: Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 1990; Carmen RAMOS ESCANDÓN (comp.), *Género e Historia*, México, Instituto Mora-Universidad Autónoma Metropolitana, 1992; y Cristina SEGURA GRAÍÑO, *La Historia de las mujeres en el nuevo paradigma de la Historia*, Madrid, Asociación cultural Al-Mudayna, 1997.

⁶⁴ La lista es enorme, pero destacan las obras de Asunción Lavrin, Josefina Muriel, Irene Silverblatt, Silvia Marina Arrom y Lola G. Luna. Para Brasil, remito a las obras de Maria Luisa Marcellio, Alida Metcalf, Caroline Brettell, Eni de Mesquita Samara y Muriel Nazzari. De Lola G. LUNA, *Género, clase y raza en América Latina. Algunas aportaciones*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1991, de la que es compiladora, y sus numerosos trabajos en el *Boletín Americanista*. Un panorama reciente, aunque enfocado en la época colonial, en Pilar PÉREZ CANTÓ, «La mujer colonial a través de los textos: una reflexión metodológica», en María Isabel JIMÉNEZ y Amparo QUILES (coords.), *De otras miradas: reflexiones sobre la mujer de los siglos XVII al XX*, Málaga, Universidad de Málaga, 1998, pp. 17-51.

apacibles esposas de Cristo aparecen ya con ese halo de pobreza y obediencia que una visión romántica les asignó⁶⁵.

Como ha señalado Cecilia Rabell para el siglo XVIII: «La elevada proporción de mujeres que encabezaba su grupo doméstico en las poblaciones urbanas nos habla de una sociedad en la cual, por viudez o por abandono, las mujeres tomaban las decisiones dentro de la familia»⁶⁶. Pero, sobre todo, hoy conocemos mejor a las mujeres anónimas, que son rescatadas gracias a los archivos y a la historia oral. Sobre las primeras, quisiera destacar el libro de María José de la Pascua, *Mujeres solas: historias de amor y de abandono en el mundo hispánico*⁶⁷, que completa otros estudios sobre las mujeres andaluzas, y de las segundas, el de Maritza Villavicencio, *Del silencio a la palabra: mujeres peruanas en los siglos XIX y XX*, Lima, Ediciones Flora Tristas, 1992, deudor, como otros, del best seller *Me llamo Rigoberta Menchú*⁶⁸.

Por supuesto, las mujeres son rescatadas gracias a la demografía histórica, la familia, el amor, el matrimonio, el parentesco, la sexualidad, la vida privada, la cultura popular, pero también por la historia de la Iglesia, la nueva historia política y la historia «desde abajo», en particular gracias a la historia oral. En la actualidad, existen varias metodologías y una tendencia a transformar la historia de las mujeres en historia de género, ya que «el sistema género-sexo es un modo esencial y no contingente en el que la realidad social y política se organiza»⁶⁹. Hasta qué punto esta historia se convertirá en el futuro en una reinterpretación y transformación de la historia general, como proclaman algunos de sus seguidores, es algo que el tiempo dirá.

La historia social en América, como en otros lares, también ha descubierto el «rostro de la multitud», a la «gente sin historia», o «a los de abajo». Pero también

⁶⁵ Por ejemplo, los trabajos reunidos en Manuel RAMOS MEDINA (coord.), *El monacato femenino en el imperio español. Monasterios, beaterios, recogimientos y colegios*, México, Condumex, 1995.

⁶⁶ Cecilia RABELL ROMERO, «Introducción», en GONZALBO y RABELL [55], p. 203. Otro ejemplo es ENI DE MESQUITA SAMARA, «Mulheres chefes de domicílio: uma análise comparativa no Brasil do século XIX», *História*, vol. 12, Sao Paulo, 1993, pp. 49-61.

⁶⁷ Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 1998.

⁶⁸ La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1983. Sobre Rigoberta Menchú, véase el monográfico de *Latin American Perspectives* dedicado a «If Truth Be Told. A Forum on David Stoll's *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans*» (vol. 26, n.º 6, Beverly Hills, California, 1999).

⁶⁹ Cristina CUADRA et al., «Las mujeres y la Historia: ciencia y política», en SEGURA [63], p. 82. Según Pérez Cantó: «El género como categoría de análisis histórico nos permite conocer la construcción cultural mediante la cual la sociedad colonial adjudicó papeles diferentes a mujeres y hombres y fijó el modo en que éstos debían relacionarse, así como evidenciar el protagonismo de las mujeres en esa etapa histórica», PÉREZ CANTÓ [64], p. 19. Un estudio recientemente es Steve J. STERN, *La historia secreta del género. Mujeres, hombres y poder en México en las postrimerías del periodo colonial*, México, FCE, 1999.

se viene preocupando por las elites, que nunca dejan de sorprendernos, porque seguimos sin conocer sus relaciones, comportamientos, mecanismos de reproducción e imaginarios para grandes regiones de Iberoamérica⁷⁰. La «historia de la sociedad» se construye con nuevos interrogantes, fuentes y métodos, como ha ocurrido en estos últimos años con la familia, la sexualidad y la mujer. Como si de un juego de billar se tratase, la emergencia de un nuevo tema golpea a los demás en sus planteamientos y métodos, hasta hacer tambalear las estructuras más sólidas. Por ejemplo, un lugar de debate entre demógrafos e historiadores es si la sociedad colonial tardía era una sociedad de clase o una sociedad de «castas», donde el origen sociorracial era el que determinaba la posición social del individuo. Alicia Metcalf ha demostrado la importancia del género, además del color y la libertad en la sociedad esclavista brasileña⁷¹, tema, este de la esclavitud, que sigue suscitando, por otra parte, gran interés.

5. LOS REGRESOS: LA HISTORIA POLÍTICA Y LA HISTORIA CULTURAL

La historia política ha sido durante muchos años la historia dominante. Relegada a favor de otros campos históricos, ha regresado con gran fuerza a tenor de los libros, artículos, congresos, reuniones y tesis que se ocupan del tema. No obstante, como ha señalado François Xavier Guerra, no se trata de una vuelta al pasado, una restauración sin más: «sino una etapa posterior en la manera de hacer historia que, al mismo tiempo que integra muchas de la “nueva historia”, busca superar los límites en que ésta se había encerrado»⁷². A la nueva historia política se han agregado la prosopografía, la sociabilidad, el discurso político, el acontecimiento como «juego de variables múltiples», las clasificaciones, los comportamientos, los cambios a lo largo del tiempo, la representación de los múltiples intereses de los grupos sociales en/por un individuo o gobierno, etcétera, que han ampliado la tradicional historia política de los grandes hombres rectores de la sociedad en beneficio de otros enfoques sociales y culturales. No obstante, también el estudio de los políticos eminentes es de nuevo retomado con el retorno de la biografía y los libros de memorias⁷³.

Pero en la historia política iberoamericana priman los actores colectivos⁷⁴: gremios, clientelas, redes de parentelas, cabildos, miembros de audiencias y de otras instituciones, cuerpos eclesiásticos, cofradías, grupos étnicos... y sindicatos,

⁷⁰ Frédérique LANGUE, «Las elites en América Española. Actitudes y mentalidades», *Boletín Americanista*, n.º 42-43, Barcelona, 1992-1993, pp. 123-139.

⁷¹ Alida C. METCALF, «El matrimonio en Brasil durante la Colonia: ¿estaba configurado por la clase o por el color?», en GONZALBO y RABELL [55], pp. 59-74.

⁷² GUERRA [31], pp. 221-222.

⁷³ Un ejemplo son los éxitos editoriales y de crítica del escritor mexicano Enrique Krauze.

partidos y asociaciones civiles para la etapa contemporánea. Se trata de conjuntos estructurados, ligados por vínculos constantes, que poseen sus reglas internas, sus formas de sociabilidad y, desde luego, sus discursos, comportamientos, valores, imaginarios compartidos y memoria. Elementos todos ellos que están siendo analizados para uno o varios grupos, para una o varias regiones, hasta ampliarlos a las naciones-estado⁷⁵. Esta multiplicidad de temas y de colectivos llevan a cuestionar la unidad de acción de un grupo social. «Al estudiar, por ejemplo, el mundo obrero —escribe François-Xavier Guerra— no hallamos nunca ni obreros aislados, ni una teórica clase obrera con una acción unitaria, sino una multiplicidad de micro-sociedades y de organizaciones obreras —gremios, ligas, mutuales, cooperativas, sindicatos—, cuyas referencias culturales e ideológicas son, por lo demás, muy diversas: anarquistas, comunistas, socialistas, cristianas, etcétera. Todos estos grupos tienen sus propias formas de organización, sus tradiciones y culturas específicas, una historia y una memoria particulares, etc.»⁷⁶. Es, por tanto, difícil el identificar a un grupo social obrero con tantas diferencias, al igual que las clases medias, los burgueses, etcétera.

Para el estudio de las sociedades del pasado son fundamentales el estudio de las representaciones y de sus referencias culturales, que rigen los comportamientos. Así, se ha estudiado los emblemas, la iconografía, la fiesta, las ceremonias, las querellas sobre privilegios y prerrogativas, que tanto nos habla de los actores colectivos y de sus relaciones recíprocas, y, desde luego, el discurso (oral, escrito, iconográfico y simbólico). Clubes políticos, logias masónicas, partidos, sindicatos, grupos guerrilleros, ligas campesinas, etcétera, tienen su lugar en la historia, en la memoria (real o construida) y en los mitos compartidos por los colectivos ibero-americanos. Hay, además, una serie de temas que por su importancia generan unas miniespecialidades, con institutos, congresos y revistas especializadas, como, por ejemplo, la Revolución Mexicana —que ha ampliado lo escrito para integrar sonidos e imágenes, amén de una impresionante bibliografía regional y local⁷⁷— o el peronismo⁷⁸.

⁷⁴ François-Xavier GUERRA, «Pour une nouvelle histoire politique: Acteurs sociaux et acteurs politiques», en *Structures et cultures des sociétés ibéro-américaines. Au-delà du modèle socio-économique*, Actas du Colloque international en hommage au professeur François Chevalier, París, 1990, pp. 245-260.

⁷⁵ Véase los distintos temas del número monográfico del *Journal of American History*, titulado «Rethinking History and the Nation-State: Mexico and the United States as a Case Study» (vol. 86, n.º 2, 1999).

⁷⁶ GUERRA [31], p. 237.

⁷⁷ Eric VAN YOUNG, «Making Leviathan Sneeze: Recent Works on Mexico and the Mexican Revolution», *Latin American Research Review*, vol. 34, n.º 3, Albuquerque, Nuevo México, 1999, pp. 143-165.

⁷⁸ Dos libros recientes son Raanan REIN, *Peronismo, populismo y política. Argentina, 1943-1955*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1998; y Uki GOÑI, *Perón y los alemanes. La verdad sobre el espionaje nazi y los fugitivos del Tercer Reich*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Por último, dos temas que están siendo estudiados por distintos grupos internacionales son la construcción de la nación y la configuración del espacio público en Iberoamérica. En cuanto al primero, hay que subrayar el impacto de los imaginarios nacionales⁷⁹, las relaciones entre modelos de representación política y proyecto nacional, y las revisiones a temas tan candentes en la actualidad como el federalismo y la consolidación democrática⁸⁰. En cuanto a los espacios públicos, hay que citar el reciente libro de François-Xavier Guerra y Annick Lempérière, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*⁸¹, en donde integran temas de sociabilidad, opinión y legitimidad bajo la noción habermasiana de espacio público. Incluido en este amplio concepto está el controvertido tema de las elecciones en Iberoamérica, que vienen siendo analizadas en varias reuniones y libros, destacando el coordinado por Antonio Annino *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*, donde el tema se desglosa en representación, ciudadanía, aspectos étnicos, candidaturas, participación, microanálisis, creación de espacios políticos regionales y nacionales, candidatos, intermediarios, etcétera. Según Annino: «Se debe investigar no tanto los resultados de las elecciones y su peso en las contiendas políticas, sino más bien el conjunto de las prácticas y los valores que definieron la «entrada» de votantes heterogéneos en el supuestamente homogéneo de la representación moderna»⁸². Una de las conclusiones a la que ha llegado el libro sobre los procesos electorales es que: «Las leyes fueron siempre muy flexibles en el sentido de que dejaron arreglar muchos aspectos a las comunidades locales. Se podría decir –afirma Annino– que la flexibilidad de las normas las transformó en un bien definido campo de negociación entre los grupos que lucharon para controlar el voto»⁸³, lo cual enlaza con la autonomía local vigilada que gozaron los territorios americanos durante el periodo colonial.

Estoy de acuerdo con Guerra y Lampérière cuando afirman que los nuevos estudios políticos, que van multiplicando nuestros conocimientos sobre los actores políticos reales –grupos y redes–, sobre las ideas, los imaginarios y valores, sobre las prácticas políticas y culturales, la nación y el Estado, las elecciones y las for-

⁷⁹ Consuelo NARANJO y Carlos SERRANO (coords.), *Imágenes e imaginarios españoles en el Ultramar español*, Madrid, CSIC-Casa de Velázquez, 1999. Pionero fue el coordinado por François-Xavier GUERRA y Mónica QUIJADA, *Imaginar la Nación*, Münster-Hamburg, AHILA, 1994. Para Brasil, véase Sandra JATAHY PESAVENTO, «Em busca de uma outra história: imaginando o imaginário», *Cuadernos del Sur*, n.º 28, 1999, pp. 235-255.

⁸⁰ Sobre federalismo, véase Marcelo CARMAGNANI, *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina*, México, FCE, 1993; y en cuanto a la democracia, el libro de Georges COUFFIGNAL, *Réinventer la démocratie. Le défi latino-américain*, Paris, Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1992.

⁸¹ François-Xavier GUERRA y Annick LEMPÉRIÈRE et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, FCE, 1998.

⁸² Antonio ANNINO, «Introducción», en *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX. De la formación del espacio político nacional*, Buenos Aires, FCE, 1995, p. 8.

⁸³ ANNINO [82], p. 18.

mas de sociabilidad, se decantan por una imbricación continua de temas que habitualmente se abordaban de forma separada. «La aparición de elecciones modernas, por ejemplo, está íntimamente ligada con el nacimiento de la opinión pública y ambas, a su vez, con el surgimiento de nuevas formas de sociabilidad, de producción del escrito y de lectura y, más globalmente, con maneras diferentes de concebir el cuerpo social, la soberanía o la representación»⁸⁴. Y todos ellos, añadiría, con el problema central de la consolidación y la construcción nacional⁸⁵ y con el tema –bulímico y omnipresente– del poder⁸⁶ en las sociedades iberoamericanas.

Aunque ya me he referido al tema, quisiera, en último lugar, incidir en la importancia de los estudios sobre los mecanismos mentales mediante los cuales un grupo de hombres se constituye en Nación y, por extensión, en Estado, provincia, grupo o colectivo religioso-cultural. Esto es, el proceso de construcción de esa identidad a partir de diferentes fragmentos del pasado y la invención de tradiciones. Partiendo de dos trabajos colectivos, los dirigidos por Eric J. Hobsbawm y Pierre Nora⁸⁷, los historiadores han contemplado a la Nación como un «*ir haciéndose*, en lugar de un *hipotético ser*: el movimiento y no un ilusorio y siempre inalcanzable resultado, inverosímil final del camino y término de la Historia»⁸⁸.

⁸⁴ GUERRA y LEMPÉRIÈRE [81], «Introducción», pp. 5-21: 6.

⁸⁵ Ejemplo de estas imbricaciones es el libro coordinado por la doctora Rosario SEVILLA, *Consolidación republicana en América Latina*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1999, donde se abordan: elecciones, ciudadanía, grupos de poder, discursos legitimadores, relaciones internacionales y consolidación democrática.

⁸⁶ El poder interesa en todas las épocas y latitudes, como muestra la siguiente bibliografía: Jorge PADUA y Alain VANNEPH, *Poder local. Poder regional*, México, El Colegio de México, 1993; Manuel VILLA AGUILERA (coord.), *Poder y dominación. Perspectivas antropológicas*, Caracas, Unidad Regional de Ciencias Regionales de Ciencias Humanas y Sociales para América Latina y el Caribe-El Colegio de México, 1986; Jacinto BARRERA BASSOLS, *El caso Villavicencio: Violencia y poder en el porfiriato*, México, Extra Alfaguara, 1997; y Enrique GUERRA MANZO, «Poder regional y mediación política en el Bajío Zamorano (1936-1940)», *Historia Mexicana*, vol. XLIX, n.º 1, México, 1999, pp. 95-135. Otro trabajo pionero que amplía el tema al mundo de la imagen es Flora LARA KLAHR y Marco Antonio HENÁNDEZ, *El poder de la imagen y la imagen del poder. Fotografías de prensa del porfiriato a la época actual*, México, Universidad Autónoma Chapingo, 1985. Por último, quiero recomendar la lectura del reciente libro de John GLEDHILL, *El poder y sus disfraces*, Barcelona, Bellaterra, 2000, con numerosas referencias al mundo latinoamericano, aunque no exclusivamente dedicado a él.

⁸⁷ Eric J. HOBSBAWM y Terence RANGER, *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; y Pierre NORA (dir.), *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1984-1992; vol. I: *La République*; vol. II: *La Nation* (3 tomos); y vol. III: *Les Francs* (3 tomos). Véanse, además, los trabajos reunidos por Josefina CUESTA BUSTILLO (ed.), *Memoria e Historia*, Madrid, Marcial Pons-Ayer, 1998.

⁸⁸ Carlos SERRANO, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos, nación*, Madrid, Taurus, 1999, p. 9. El tema ha tenido un gran éxito en España gracias a los trabajos de Jon JUARISTI (*El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1987; y *El bucle melancólico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997), Manuel SUÁREZ CORTINA (*Casonas, hidalgos y linajes: la invención de la tradición cántabra*, Santander, Universidad de Cantabria, 1994) e Inman FOX (*La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997).

La importancia de estos aspectos en las repúblicas iberoamericanas es evidente, donde los altares patrios, ceremonias cívicas, loes a la bandera y desfiles patrióticos están en pleno auge⁸⁹. Estos temas de la historia social enlazan con las preocupaciones de la historia cultural de la que hablaremos a continuación. Como ha señalado Carlos Serrano: «Signos, emblemas, mitos, símbolos son, pues, elementos constitutivos de un discurso social, mediante el cual se busca afirmar una identidad, crear la opinión, movilizar unas masas cuyo papel se acrecienta en la historia; son las unidades semánticas básicas del proceso de la construcción nacional»⁹⁰. Paralelamente, viene desarrollándose un amplio programa memoria-lístico⁹¹, que aglutina desde los trabajos de los cronistas locales a la historia oral. Según algunos autores, el nuevo interés por la memoria está relacionado con el pesimismo hacia la historia objetiva, pues más que saber qué ocurrió –meta poco probable–, interesan las diversas representaciones de lo ocurrido.

La nueva historia cultural –el segundo retorno finisecular– ha ampliado considerablemente sus objetivos de la «vieja». Chartier, uno de sus apóstoles, la ha definido como: «la manera en la que una comunidad, en un tiempo y lugar dados, vive y reflexiona su relación con el mundo y con la historia»⁹². Lugar de imprecisas fronteras, que aspira a convertirse en una nueva historia total, ha heredado muchos de los logros y metodologías de la historia social, la historia de las mentalidades, la historia del arte y el giro lingüístico. De las mentalidades, por ejemplo, ha heredado el «utillaje mental» y el afán por los procesos simbólicos colectivos, más allá de tal obra «maestra» o tal autor «cumbre». Si para algunos los estudios sobre la memoria, la tradición y las imágenes entrarían bajo este paraguas, para otros, la historia cultural apostaría por la intimidad, la sexualidad y los desórdenes mentales. Pero más que un debate sobre los límites, creo que sería más acertado hablar de una «alergia cultural», en la que han confluído, al menos, tres procesos: la superación de la historia social (estructuras y procesos) por una autonomía de los individuos en el establecimientos de los vínculos sociales; los cuestionamientos de los discursos históricos, que serían ante todo una narración, y la visión del mundo como una representación.

Para varios pensadores, la historiografía se contempla como un género puramente literario, pues, como señala Hyden White, el historiador está condicionado por un número limitado de posibilidades que determinan cómo el historiador con-

⁸⁹ También en el área del Pacífico, como han puesto de manifiesto las ponencias presentadas en el V Congreso Internacional «España y el Pacífico. Construcción de imperios, construcción de naciones», celebrado en Madrid, entre el 15 y el 19 de noviembre de 1999.

⁹⁰ SERRANO [88] p. 17.

⁹¹ Aurore BECQUELIN y Antoinette MOLINIÉ, *Mémoire de la tradition*, Nanterre, Société d'ethnologie, 1993; y François-Xavier GUERRA (ed.), *Mémoires en devenir. Amérique Latine, XVI-XX siècle*, Bordeaux, Maison des Pays Ibériques, 1994.

⁹² Roger CHARTIER, «La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas», *Historias*, n.º 31, México, 1993-1994, pp. 5-19: 12

figura la exposición histórica⁹³. Los más radicales apuestan por el estudio de los textos como objetos autónomos, separados de los contextos. Sin embargo, más generalizado es el estudio de la evolución del discurso como forma en la que tiene lugar la comunicación entre los hombres, o la atención hacia el lenguaje de una determinada época. Por ejemplo, el estudio de la evolución de los conceptos políticos de una época ayudan a entender la legitimación de las instituciones y los comportamientos. Por otra parte, el lenguaje es clave para entender el cambio político, como han comprobado los historiadores de la Revolución francesa. En general, para la Nueva Historia Cultural toda cultura, toda sociedad es un texto que debe descifrarse. Siguiendo a Shopenhauer, no hay realidad, sino representaciones de esa realidad, y por ello es fundamental contemplar al mundo como una «representación»⁹⁴.

Junto a estas ideas, los historiadores –o una buena parte de ellos– se han apartado de una visión etnocéntrica. La historia ya no es más la del «progreso occidental» y la conquista de otras áreas del mundo. Así se aboga por una multiplicidad de historias y una multiculturalidad, en la cual ninguna ocupa el trono. En consecuencia, se denuncia y se rechaza una historia científica, con leyes universales y una lógica compartida, que pasa a estallar en cientos de visiones. José Joaquín Brunner, investigador de Flacso, postula que: «las culturas de América Latina, en su desarrollo contemporáneo, no expresan un orden –no de nación, ni de clase, ni religioso, ni estatal, ni de carisma, ni tradicional ni de ningún otro tipo–, sino que reflejan en su organización los procesos contradictorios y heterogéneos de conformación de una modernidad tardía, construida en condiciones de acelerada internacionalización de los mercados simbólicos en el ámbito mundial»⁹⁵. Además, el abandono del progreso ha llevado tanto a la exaltación de las rupturas como a cuestionar como obvia una tradición cultural común entre el historiador y el objeto o el proceso historiado que lleve automáticamente aparejada una comprensión histórica, esto es, a poner en cuarentena la idea de que sea factible el identificarse con el objeto de la investigación. Muchas son las voces que en voz baja se preguntan, tras años de investigación de campo y búsquedas en los archivos, si se puede conocer el mundo indio en profundidad.

Existen, sin embargo, otros problemas sin resolver como la relación entre cultura popular y elitista, la cultura folclórica⁹⁶ o los intermediarios culturales, tema

⁹³ Hayden WHITE, «El texto historiográfico como artefacto literario», *Historia y Grafía*, n.º 2, México, 1994, pp. 9-34.

⁹⁴ Roger CHARTIER, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

⁹⁵ José Joaquín BRUNNER, «Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana», en REYNA [42], pp. 276-306: 276-277.

⁹⁶ Néri DE ALMEIDA SOUZA, «História cultural, cultura folclórica e hagiografia», *História*, vol. 17-18, Sao Paulo, 1998-1999, pp. 243-264.

este último que viene siendo abordado por un equipo internacional de investigación, encabezado por el CNRS francés⁹⁷. En España, la historia cultural está centrada en el tema de los libros y de las lecturas. Si bien es un tema que ya contaba con antecedentes⁹⁸, lo cierto es que los estudios se vienen multiplicando y ampliando sus objetivos. No sólo se trata de qué libros llegaban a América y cómo se transportaban y distribuían, sino de sus usos y lecturas. Según Chartier: «Las obras no poseen un sentido estable, universal, petrificado. Están revestidas de significados plurales y móviles, están construidas en la negociación entre una proposición y una recepción, en el reencuentro entre las formas y los motivos que les dan su estructura y sus competencias y las expectativas de los públicos de los que se adueñan»⁹⁹. Así sucedió tras la Conquista, cuando evangelizadores y funcionarios se empeñaron en fijar la interpretación correcta de las leyes divinas y humanas, si bien la recepción del mensaje fue múltiple, con distorsiones, desplazamientos e invenciones¹⁰⁰. Para estudiar estos temas, no sólo se acude a los archivos y periódicos, sino que se descubren materiales antes poco consultados como la «folletería», los «programas de mano», «sermones patrióticos», etcétera¹⁰¹.

Otro tema privilegiado es la educación, que ha ampliado sus intereses de la superior a las primeras letras y a los problemas de la alfabetización. En España, han sido primados los estudios universitarios, destacando los numerosos congresos organizados por las Universidades de Alcalá de Henares y Valencia.

Como ha escrito Donald R. Kelley: «la debilidad de la historia cultural es también una fuente de fuerza: es decir, su curiosidad por todos los aspectos del comportamiento humano, individual y colectivo, y especialmente su rechazo a reducir

⁹⁷ Berta ARES y Serge GRUZINSKI, *Entre dos mundos. Fronteras culturales y agentes mediadores*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1997.

⁹⁸ Por ejemplo, el clásico de Irving A. LEONARD, *Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959. Un antecedente notable es el trabajo de Francisco DE SOLANO, «Fuentes para la Historia Cultural: libros y bibliotecas de la América colonial», en Fermín DEL PINO (coord.), *Ensayos de metodología histórica en el campo americanista*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1985, pp. 69-84. Dos trabajos recientes son Pedro José RUEDA, «La circulación de libros entre el viejo y el nuevo mundo en la Sevilla de finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII», *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 22, 1999, pp. 79-105; y Carlos Alberto GONZÁLEZ, *Los mundos del libro. Medios de difusión de la cultura occidental en las Indias de los siglos XVI y XVII*, Sevilla, Universidad de Sevilla-Diputación de Sevilla, 1999.

⁹⁹ CHARTIER [92], p. 12.

¹⁰⁰ Bárbara CIFUENTES, *Letras sobre voces. Multilingüismo a través de la historia*, México, CIESAS-INI, 1998.

¹⁰¹ Un trabajo pionero lo realizó María del Carmen VELÁZQUEZ, «Temas políticos a través de las proclamas, mensajes y manifiestos», *Historia Mexicana*, vol. V, n.º 4, México, 1956, pp. 572-597. Más recientes son los artículos de Rafael SAGREDO BAEZA, «Actores políticos en los catecismos patriotas y republicanos americanos, 1810-1827», *Historia Mexicana*, vol. XLV, n.º 179, México, 1996, pp. 501-538; y Salvador CÁRDENAS GUTIÉRREZ, «La construcción del imaginario social «República representativa» en la folletería mexicana: 1856-1861», *Historia Mexicana*, vol. XLVIII, México, 1999, pp. 523-566.

tal comportamiento a motivaciones y orientaciones únicas, ya sean políticas, económicas o sociobiológicas»¹⁰². La historia cultural ha vuelto a recordar que toda producción historiográfica depende del contexto cultural: está construida culturalmente, lo cual también ha llevado a un cierto relativismo –criticado por muchos–, pues nuestras verdades, nuestras opiniones, serán sólo una etapa más: un signo en la arena hasta la próxima marea.

Creo que es una buena oportunidad para, bajo el imperio del escrito, dar paso al oído y a la vista. Esta última ha aparecido con fuerza en distintos apartados y ha sido reivindicada con fuerza en los últimos años, evolucionando desde el auxilio de lo escrito a una autonomía de temas y métodos. En América, las imágenes fueron una forma privilegiada de comunicación, representación y memoria desde la época prehispánica, pasando por el impacto de la conquista y el Barroco¹⁰³, donde se elaboran minuciosos programas iconográficos de exaltación de la Monarquía y la Iglesia, hasta la independencia, en donde nuevos símbolos se entronizan y se ensalzan hasta el delirio. En la etapa contemporánea, los estudios se centran en los nuevos medios audiovisuales como el cine y la televisión, que llegaron en ocasiones a desplazar al texto escrito. Pero no debemos de olvidar el papel fundamental de los ordenadores, los audiovisuales, la digitalización de las imágenes y la realidad virtual, que constituyen en la actualidad «un desafío para la metodología historiográfica»¹⁰⁴.

¹⁰² Donald R. KELLEY, «El giro cultural en la investigación histórica», en Ignacio OLÁBARRI y Francisco Javier CAPISTEGUI, *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, pp. 35-48: 47.

¹⁰³ Serge GRUZINSKI, *La guerra de las imágenes*, México, FCE, 1994, en donde amplía su anterior *La colonización del imaginario*, México, FCE, 1991.

¹⁰⁴ Aurelio DE LOS REYES, «Introducción. Producción y reproducción mecánica de las imágenes en los siglos XIX y XX y su estudio», en *Historia Mexicana*, n.º 190, vol. XLVIII, México, 1998, pp. 159-166: 161. Sobre la fotografía, véase Eugenia MEYER, *Imagen histórica de la fotografía en México*, México, Museo Nacional de Antropología e Historia, 1978; Rosa CASANOVA y Olivier DEBROISE, *Sobre la superficie bruñida de un espejo*, México, FCE, 1989; *México nación de imágenes. La litografía mexicana del siglo XIX*, México, Museo Nacional de Arte, 1994; Olivier DEBROISE, *Fuga mexicana. Un recorrido por la fotografía en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994; y Mario VALLEDOR y Luis PRIAMO, *Los años del daguerrotipo. Primeras fotografías argentinas, 1843-1870*, Buenos Aires, Fundación Antorchas, 1995. La problemática de investigación en W. M. IVINS, *Imagen impresa y conocimiento. Análisis de la imagen prefotográfica*, Barcelona, Gustavo Gilli, 1975 y Robert LEVINE, *Images of History. Nineteenth and Early Twentieth Century Latin American Photographs as Documents*, Durham, Duke University Press, 1989. Por último, cabe mencionar los artículos del monográfico «Las imágenes en la historia del México porfiriano y posrevolucionario», *Historia Mexicana*, n.º 190, vol. XLVIII, México, 1998, y el también colectivo *Imágenes e Historia*, coordinado por Mario P. DÍAZ BARRADO, Madrid, Marcial Pons-Ayer, 1997. Sobre el cine, ver Aurelio DE LOS REYES, *Vivir de sueños (1896-1920)*, primer volumen de *Cine y sociedad en México (1896-1930)*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, 1983; y el volumen segundo, titulado *Bajo el cielo de México. 1920-1924*, México, UNAM, 1994. Por último, del mismo autor, *Con Villa en México. Testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución, 1911-1916*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas y Dirección General de Acti-

E igual ocurre con la música, que debe incorporarse a los estudios americanistas¹⁰⁵. La reciente edición de la primera ópera representada en el Nuevo Mundo, concretamente en Lima en 1701, *La púrpura de la rosa* (con libreto de Pedro Calderón de la Barca y música de Tomás de Torrejón y Velasco (1644-1728), es un acontecimiento que no debe pasar desapercibido¹⁰⁶, como tampoco los volúmenes de la enciclopedia de la música y los músicos de Iberoamérica que irán apareciendo en los próximos años como resultado de un proyecto investigador de varios equipos internacionales.

6. ÚLTIMAS OFERTAS

Olvidando los prejuicios que provocaba «el acontecimiento» en los historiadores de generaciones pasadas, los profesionales han rehabilitado la historia *événementielle* (acontecimental) con la historia del Tiempo Presente. Inventada en Francia y cultivada en Alemania a raíz de la Segunda Guerra Mundial, los estudios se han centrado en el análisis de los colaboracionistas y el nazismo, para después extenderse a otras cuestiones antes dejadas en manos de periodistas. La Historia del Tiempo Presente, a pesar de su indefinición –propia de un campo todavía reciente– apuesta por una «historia social de los acontecimientos históricos»¹⁰⁷, que son contemplados «como el producto de un juego de interacciones entre una pluralidad de actores y agentes»¹⁰⁸. Como toda nueva tendencia, se muestra bulímica y espera recuperar los acontecimientos «muy contemporáneos» de las garras

vidades Cinematográficas, UNAM-Secretaría de Gobernación-INEHRM, 1992. Otro interesante artículo es Pablo YANKELEVICH, «La batalla de las imágenes. Cinematografía antimexicana en América Latina (1914-1929)», *Historias*, n.º 39, México, 1997-1998, pp. 87-93. Por último, destacaría el artículo de Antonio PÉREZ, «Monaguillos del consumismo: Introducción a la etnpublicidad amerindia», *Anales del Museo de América*, n.º 5, Madrid, 1997, pp. 147-166.

¹⁰⁵ Fátima Graciela MUSRI, «Relaciones conceptuales entre musicología e historia: análisis de una investigación musicológica desde la teoría de la historia», *Revista Musical Chilena*, n.º 192, Santiago, 1999, pp. 13-26. Sobre los corridos en la revolución (y contrarrevolución) mexicana, uno de los temas musicales latinoamericanos más estudiados, véase Catalina H. DE GIMÉNEZ, *Así cantaban la revolución*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Grijalbo, 1991.

¹⁰⁶ «Representación música, fiesta con que celebró el año decimo-octavo, y primero de su reinado de el Rey Nuestro Señor Don Phelipe Quinto, El Excelentísimo Señor Conde de la Monclova Virrey, Gobernador, y Capitán General de los Reynos de el Perú, Tierra Firme, y Chile & Compuesta en Música por Don Thomas Torrejón de Velasco, Maestro de Capilla de la Santa Iglesia Metropolitana de la Ciudad de los Reyes; Año de 1701». La obra ha sido grabada por The Harp Consort and Andrew Lawrence-King en el sello Deutsche Harmonia Mundi, 1999.

¹⁰⁷ Andreas SUTER, «Histoire sociales et événements historiques. Pour une nouvelle approche», *Annales*, 52 année, n.º 3, París, 1997, pp. 543-567.

¹⁰⁸ Michel TREBITSCH, «El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Universidad Complutense de Madrid, n.º 20, Madrid, 1998, pp. 29-40: 33.

de los periodistas, apostando por los nuevos medios de comunicación (cine, fotografía, videos, redes). Julio Aróstegui la ha definido como «una historia de las gentes vivas, una historia escrita por sus propios protagonistas»¹⁰⁹. Evidentemente existen los riesgos, como los de elegir el «acontecimiento monstruo» capaz de invitar a uno o varios historiadores, y la de dividir a los países y a las regiones en «calientes» (productoras de esos acontecimientos ricos en significados) y «fríos» (todo lo contrario), pero la apuesta es muy interesante para cientos de regiones americanas de reciente poblamiento o sin archivos destacables, amén de contribuir a analizar «históricamente» los sucesos del pasado reciente iberoamericano.

Dentro del panorama histórico, también ha irrumpido la historia virtual (donde se imagina lo que hubiera sucedido si algo se hubiera trastocado) y la historia ficción, en donde o bien se desordena la cronología natural (Daniel Nilo lo ha llamado «traicionar el tiempo»¹¹⁰) o bien se inventa aquella parte de la narración que los archivos no proporcionan, como sucede con el famoso libro de Simon Schama *Certezas absolutas*, a caballo entre el ensayo histórico y la novela, entre los documentos auténticos y las reconstrucciones puramente imaginarias.

Pero recapitulemos ya para finalizar. El estado de la Historia de América es, sobre todo, una cuestión de confianza. «Nuevas» historias reclaman la atención del historiador, por más que esa «novedad» sea un fenómeno de larga duración: nuevos empujes para el avance del conocimiento histórico, nuevas estrategias para la identidad de una generación de historiadores. También de larga duración es el tema de la crisis de la historia, una constante «desde hace casi dos siglos»¹¹¹, a pesar de la existencia de ciertos indicios de recuperación. Como ha señalado el historiador alemán Georg G. Iggers: «La gran aportación del debate teórico de los últimos dos decenios consiste en haber contribuido a mostrar lo complicado y lo indirecto que es todo conocimiento histórico»¹¹², y eso es perceptible en cientos de investigaciones americanistas. Como también que «La nueva historiografía no ha renunciado de ningún modo a ocuparse científicamente del pasado; pero es consciente de la complejidad del pasado y de su investigación, particularmente en la necesidad de penetrar en las estructuras profundas de la conciencia y del comportamiento humanos»¹¹³. Esta «complejidad» se puede detectar en muchas partes:

¹⁰⁹ Julio ARÓSTEGUI, «Historia y Tiempo Presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporánea», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Universidad Complutense de Madrid, n.º 20, Madrid, 1998, pp. 15-18: 17.

¹¹⁰ Daniel MILO, *Trahir le temps (Histoire)*, París, Belles Lettres, 1991. El inspirador es Howard REHINGOLD, *Realidad virtual. Los mundos artificiales generados por un ordenador que modificarán nuestras vidas*, Barcelona, Gedisa, 1994.

¹¹¹ Gérard NOIRIEL, *Sobre la crisis de la Historia*, Madrid, Cátedra-Universitat de València, 1997, p. 17.

¹¹² Georg G. IGGERS, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Labor, 1995, p. 117.

¹¹³ IGGERS [112], p. 112.

Enrique Dussel habla de «la extrema complejidad del catolicismo popular latinoamericano»¹¹⁴, mientras Pilar Gonzalbo Aizpuru señala que los pocos datos conocidos hasta hoy sobre la familia de América Latina «apenas sirven para anunciar una complejidad aún mayor»¹¹⁵.

Junto a complejidad, lo que más se repite es «multiplicidad». Peter Burke, por ejemplo, escribe: «Finalmente observamos un renacimiento en lo concerniente a la multiplicidad de los puntos de vista, que ya se puede encontrar entre los historiadores antiguos o renacentistas como Tucídides o Guicciardini, o también en los novelistas de principios del XX (Aldous Huxley, William Faulkner). Es una especie de «historia cubista», como la denomina Todd Gitlin, en la que el observador cambia de perspectivas y ve los fenómenos desde varios ángulos; y el escritor alterna entre la primera persona y la tercera, entre la cercanía y la distancia»¹¹⁶. También esta perspectiva cúbica la encontramos en los americanistas, que no quedan satisfechos con una mirada y tienden a analizar los hechos históricos desde varios ángulos, imbricando especialidades y metodologías.

Un grupo cada día más numeroso de historiadores se aprovechan de los instrumentos y conocimientos aportados por la historia socio-económica y las mentalidades, a la vez que están atentos a los recientes avances en historia política o cultural. Estas últimas reclaman su primacía en una nueva «historia total», lo cual hace sospechar que nadie debe hacer velatorios antes de tiempo. También se muestra imparable la utilización de las distintas «escalas» históricas: las microhistorias son de gran interés para la historia regional y la historia regional debe de conocer mejor los entramados internacionales, las naciones y las patrias chicas (pueblos, ranchos, ingenios, barrios, etcétera) mucho mejor de lo que venía haciéndolo hasta ahora. Por su parte, la historia individual se explica mejor dentro de un marco colectivo, si bien lo «individual» nos revela la complejidad y mestizajes que una perspectiva más amplia oculta. Todo un programa para este final de siglo que ha puesto delante de los ordenadores un número de americanistas mucho mayor que todos los que han fallecido, los cuales nunca se imaginaron el universo de métodos, problemas y temas que al llegar el 2001 interesarían al Americanismo. Pero, ¿quién se atreve a hacer un pronóstico para el 2030, año de mi (espero con todas mis fuerzas) jubilación? Me conformo con vivir para contarlo.

This article reflects on the complex panorama of the end Century practice in the History of America, seen as a «leopard skin», i.e. showing a privileged focus on certain topics, methodologies

¹¹⁴ Enrique DUSSEL, «Historia del fenómeno religioso en América Latina», en PRIEN, *Religiosidad e Historiografía*, Madrid, Vervuet-Iberoamericana, 1999, pp. 71-81: 74.

¹¹⁵ GONZALBO [53], p. 13.

¹¹⁶ Peter BURKE, «Historia cultural e historia total», en OLÁBARRI y CAPISTEGUI [102], pp. 115-122.

and areas to the detriment of others. Once the interest in general histories of America has been diminished, the actual tendencies favour fragmented researches on a diversity of subjects (family, women studies, environmental studies, reading and books, etc.), while there is a slow turn towards the cases of the «other Americas» (Russian America, Guyanas, etc.). Perhaps there should appear now new directions aiming at uniting to unite and sizing the interes of the world americanist community.

KEY WORDS: *Historiography, americanism, methodology, end 20th Century.*
